

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 42.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Respuesta á los redactores del periódico barcelonés; titulado El Copilador. — Los talismanes. — Viaje y recepcion de S^{rs}. MM. á Arras, Valenciennes y Lila; grabados. — Historia de la semana. — Fábulas. — Revista de la moda — Los bailes de Java; grabados. — Presidios españoles de la costa septentrional de Africa; grabados. — Delante de mi fuego. — Agudezas de Francisco de la Torre. — Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos; grabados. — Boletín científico. — El cochero de cabriolé. — Residencia imperial de otoño, en Rusia; grabado.

RESPUESTA

A LOS REDACTORES DEL PERIÓDICO BARCELONÉS TITULADO

EL COPILADOR.

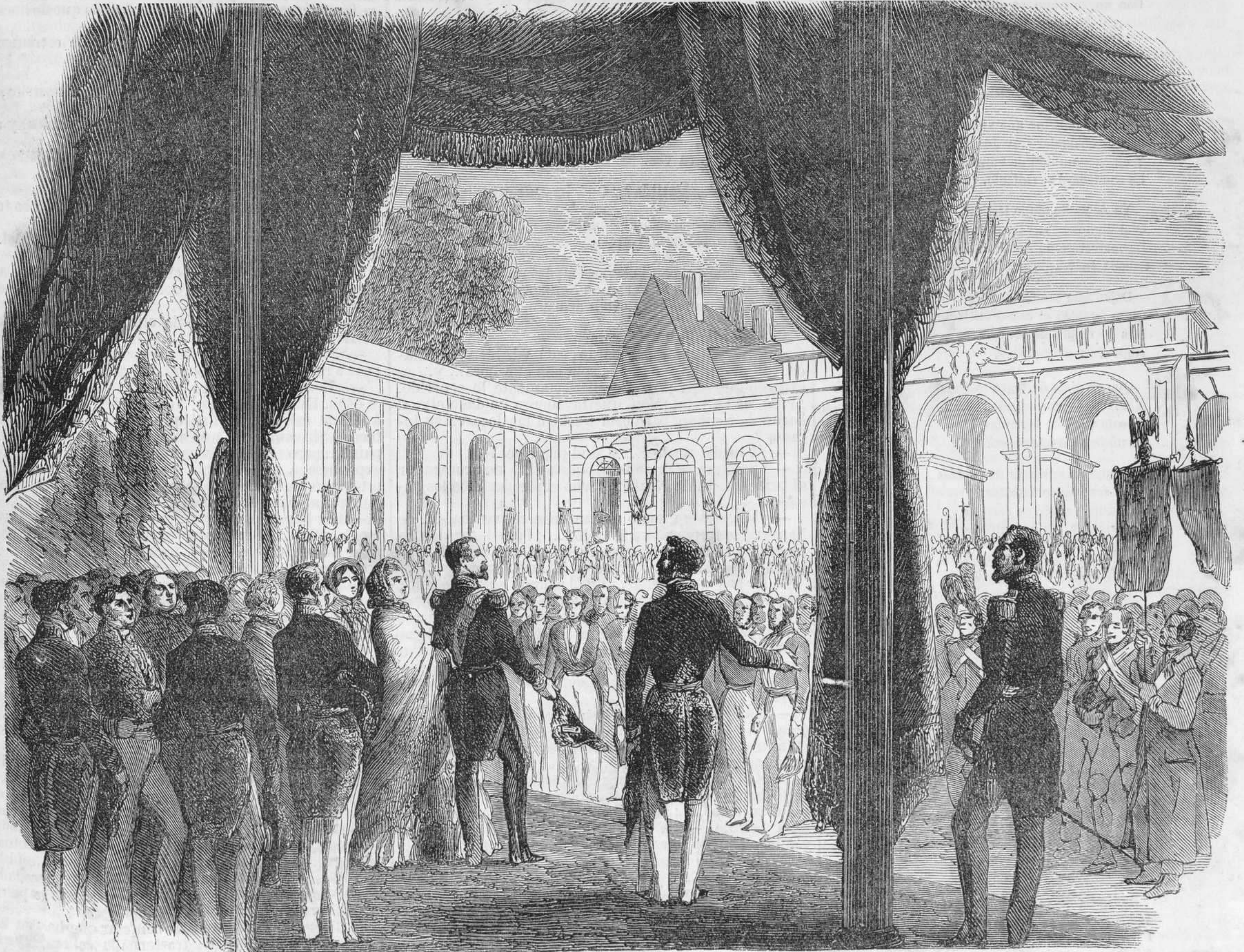
Con motivo de haberme dichos señores dirigido una carta pidiéndome un artículo.

Vuestra circular benévola
Despierta en mí noble estímulo,

Y quiero como hombre impávido
Ensayar mi númen lírico.

Celebro que en la Península
Trabajen jóvenes ínclitos
Que á España vindiquen hábiles
De los ataques ilícitos,

De los insultos satánicos
Y los groseros epítetos



Arras. — Presentacion al Emperador, por el prefecto del Paso de Calais, de los delegados de las comunas del departamento.

Que la fulminan estólidos
Ciertos censores cernicalos.

Yo que en vano invoco á Góngora
Con pretensiones de crítico,
Con respuntes de filósofo,
Con ribetes de satírico;

Yo, en fin, un vate sin mérito,
Quizá, quizá el mas insípido
Que produjo el suelo pródigo,
De Cervantes y de Fígaro;

Tambien enristro la péñola
Cobrando valor magnífico
De la luminaria ibérica
Por el resplandor flamígero.

Conozco que soy un zángano
Cuando pretendo sacrilego
Con exageradas ínfulas
Sonar la lira de Píndaro :

Que nada valdrán mis cánticos,
Aunque rebiente los hígados,
Para elevarme á los ángeles
Con voz de tiple ó barítono.

Pero tengo un genio, ¡cáspita!
Que es de la audacia fiel símbolo,
Tan fuerte como energúmeno,
Tan osado como discoloro;

Y con el firme propósito
De alzar mi acento, aunque frívolo,
Suelo cantar sin escrúpulos
Mas temerario que tímido.

Que si soy tenor paupérrimo
Seré mediano ventríloco
Si no hago sonar el órgano
Haré resonar el pífanos.

¿Quereis prosa? Pues á cántaros
Os daré yo mas capitulos
Que formarse pueden cálculos
Con nueve números dígitos.

¿Quereis versos? No haya réplica;
Tengo en mi pupitre un vínculo
Con un surtidor espléndido
De endechas y endecasílabos.

Encomendadme una sátira
Contra cualquier fray Junípero,
Y en excomunión de epigramas
Le condenaré al ridículo.

Yo de nadie tengo lástima,
Que dignos hay, vates míseros,
De mascar como una acémila
Cebada en vez de bonítalo.

Dejad que sacuda el látigo,
Que es contra el abuso antídoto,
Mas no exijais de mi cólera
Imposibles panegíricos;

Que en vista de tanto escándalo,
A ser condéneme rígido,
En este vallé de lágrimas,
Mi númen característico.

El que no entiende de cábalas
Suele ser blanco fatídico
De algunos copleros pértidos
Que escriben en geroglíficos;

En tanto que muchos bárbaros
Que ensartaron metafísicos
Con poca sal un retruécano,
Con ménos gracia un equívoco;

Tienen el aplauso unánime
De sus cofrades genizaros,
Cuyo misterioso intrínquos
Os diré en lenguaje explícito.

Examinad los periódicos,
Veréis los elogios cínicos
Que se hacen cuatro manzánulas
Unos de los otros ídolos;

Y es que hasta los mas estúpidos
Sabén que no hay específico,
Para madurar en célebres,
Como un convenio recíproco.

Mas basta de tanta cháchara;
Me precio de ser político,
Y me ofrezco, aunque en esdrújulos,
Vuestro servidor solícito.

Disimuladme la fórmula,
Que al fin, amigos carísimos,
La respuesta á vuestra epístola
Os puede servir de artículo.

J. M. VILLER GAS.

LOS TALISMANES.

IX.

Grossenstein paseaba á lo ancho y á lo largo de su gabinete con impaciencia. Estaba lleno de recelos, y sus miradas tomaban á intervalos una expresion feroz. Unas veces apresuraba sus pasos, otras los acortaba bajo el influjo de su pensamiento.

— ¡Rodolfo preso! murmuraba; ¡encerrado en el torreón!... ¡Si llegara á hablar!... Es verdad que no tiene ningun interés en acusarme, en perderme... Pero ese Federico, ese diablo encarnado, ¿quién es? ¿de dónde ha salido? ¿cómo ha podido saber?...

En este momento llamaron en la puertecilla del gabinete. El baron abrió y entró un paje. Este paje era el mismo que habia llevado á Federico la cita de la margrave.

— ¡Ah, es Vd., Franz! y bien, hijo mio, ¿qué hay de nuevo, qué ocurre?

— Señor, he dado al baron de Neuberg la cita que la señora me habia indicado, pero la señora no ha tenido por conveniente el llevarme consigo al parque.

— ¡Diablo! dijo el baron.

— Por esa razon, he partido casi al mismo tiempo que el carruaje de la señora, he corrido y he llegado á tiempo. Yo he visto á la señora penetrar en el seto, y reunirse despues con ella á M. de Neuberg. Han hablado largo tiempo, y se han besado al separarse.

— ¡Ah! ¿y luego?

— Luego cada uno se ha ido á su carruaje; la señora ha vuelto á palacio á ver á S. A., y despues no he logrado á saber nada.

— ¡Bien!

M. de Grossenstein se sentó, escribió unas cuantas palabras en un papel, y se lo dió al pajecillo.

— Vé con esto á la caja de Bernard, y vuelve esta noche.

— Gracias, señor.

El paje salió.

Cuando el baron se quedó solo, se levantó lanzando una exclamacion enérgica.

— ¡Ah, se han visto! ¡están de acuerdo!... y Amalia me dice lo contrario... ¿Me quiere engañar? ¡Y me abandona por el recién venido!... ¡Cómo me desembarazaré de...

Llamaron otra vez. El baron corre á la puerta. Era una jóven.

— ¿Es Vd., Matilde? ¿Qué hay de nuevo, amable niña?

La doncella parecia agitada.

— Mucho, señor baron.

— ¿El qué, pues?

— A noche fui con la señora á pasear al parque...

— Habia citado al baron de Neuberg, interrumpió el baron con sangre fria; están acordes, se han besado, y luego...

Matilde manifestó sorpresa.

— Eso es cierto, señor baron, está Vd. bien informado. Sin embargo, yo estaba sola con la señora... y... es extraño que sepa Vd. tan perfectamente lo ocurrido. ¿Pero sabe Vd. tambien que la señora ha dado cita al baron de Neuberg para esta noche á las doce en su tocador?

— ¡A media noche!... y si el principe...

— La señora se finge indispuesta para no acompañar al principe. M. de Neuberg tiene el picaporte de los pasajes.

— ¡Ah... de ese modo es una cosa convenida! M. de Neuberg reemplazará á Rodolfo... ¡Peste! Amalia no ha esperado mucho tiempo... Gracias, mi querida Matilde; tome Vd. esto... y vuelva Vd. esta noche.

— No hay que vacilar, dijo él cuando se quedó solo; este demonio del infierno maniobra con tanta presteza y tan buen éxito, que es imposible saber donde irá á parar. ¡Asunto concluido! ha asustado ó seducido á Amalia; ya no puedo contar con ella... En lo sucesivo ella está con él contra mí... ¡bueno!...

Y su mirada feroz reveló el sentido que tenia esta palabra.

— ¡Es decir que él viene esta noche á palacio... á las doce!... ¡Si yo me aprovechara de ese momento!... ¡Diantre! él va siempre acompañado de tres ó cuatro malditos estudiantes... Niepper me avisó ayer que tres de ellos lo seguian armados de piés á cabeza sin perderlo de vista... Indudablemente tomará sus precauciones esta noche... ¡Si la emboscada se malograra, eso seria terrible! — ¡A fe mia, tanto peor!... Amalia me vende... ¡Bueno pues, yo los perderé á los dos!

Apénas hubo pronunciado estas palabras, tocó la campanilla.

— Bernell... voy á ver á S. A.

A las primeras palabras del baron, saltó el principe en su sillón.

— Grossenstein, exclamó, ¿qué es lo que decis? ¡Eso no es posible!

— Señor, aun estoy yo horrorizado... pero he creído de mi deber...

— ¡Amalia! interrumpió el principe levantándose bruscamente, y dando algunos pasos con agitacion; ¡M. de Neuberg!... él, á quien yo creia poco ha, él... Señor Grossenstein, ¿tiene Vd. pruebas?

— Desgraciadamente, señor, he visto... respondió con intencion el baron; si V. A. supiera cómo he dudado ántes de venir con tan odiosa noticia... pero...

— Vd. se ha equivocado seguramente. No, yo no puedo suponer...

— ¡Ay! dijo Grossenstein suspirando; muy fácil le seria á V. A. conseguir las mismas pruebas que yo tengo. La señora de Zeff debe fingir una indisposicion para dispensarse de acompañar á V. A. á la caza. Al mismo tiempo ha dado cita á M. de Neuberg para media noche, y le ha entregado la llave que conduce á su tocador.

— ¡Esta noche... á las doce! repitió el principe con cierto desaliento, y volvió á caer en su sillón. ¡Bien! dijo un instante despues con un vivo movimiento de cólera, es preciso... — Y se paró.

— ¿Tiene V. A. órdenes que comunicarme? preguntó Grossenstein.

— No... Quizá hay error en todo esto... No quiero condenar sin estar convencido, ni castigar sin tener certeza de la falta. Yo resolveré. Está bien, Grossenstein, gracias, amigo... necesito quedarme solo.

Despidió al baron, que revelaba cierto disgusto, y comenzó á reflexionar.

La margrave estaba entretanto en su tocador. Anunciáronle á la señorita Justina. Amalia la recibió con afabilidad y bondad.

— Buenos dias, pequeña, le dijo.

Justina era en efecto pequeña, morena, delicada y perfectamente fea. Pero sus ojuelos vivos anunciaban una penetracion poco comun. Ella se quedó sola con Amalia.

— ¡Bien pues! le preguntó la margrave.

— M. de Grossenstein ha venido esta noche á nuestra casa. Pero en verdad que ha perdido la cabeza, á mi parecer; en toda la noche no ha hecho mas que hablar entre dientes, soñando con un Federico, de suerte que la señora estaba desatinada á causa de... ¿ya sabe Vd.?

Amalia soltó una carcajada, y Justina la acompañó.

— Nosotras nos devanabamos los sesos por saber quien era ese Federico; parece que es simplemente un nuevo favorito de S. A... y si yo conozco bien al baron, me se figura que no trata ni mas ni ménos que de hacerlos asesinar.

— ¡Qué horror! exclamó la margrave estremeciéndose. ¡Federico!

— Así lo creo, á fe mia.

— ¡Dios mio, ese Grossenstein es un monstruo, un asesinato!... ¡Eso es horrible!

En este instante se oyeron pasos precipitados, y apareció Matilde.

— ¡S. A. dijo ella.

La margave se conmovió.

Justina se eclipsó.

El principe entró; tenia el aire distraido, pero tranquilo. Sentóse junto al tocador.

— Y bien, querida amiga, ¿me dicen que está Vd. delicada.

— Desgraciadamente es cierto, señor. Ayer estaba indispuesta, y no he podido dormir esta noche; no sé lo que tengo, pero...

El principe se inclinó hácia ella, la cogió la mano, y la miró fijamente.

— Cierta, dijo despues de una pausa; parece Vd. un poco agitada. Así... no podrá Vd. acompañarme hoy?

— ¡Cómo, V. A. parte!

— Sí. Estaba dispuesto, Vd. lo sabe; anoche le hablé á Vd. de esto. Es verdad que ya no estaba Vd. muy bien... Sin embargo, aun me prometia vuestra compañía... pero si Vd. sufre, comprendo que no quiera Vd. exponerse á esta fatiga. Pienso cazar con teas, y me propongo pasar la noche en el cazadero... Por consiguiente mañana sabré de Vd.

— Las bondades de V. A. me confunden. Estoy realmente afligida de no poder acompañar á V. A. y participar de sus diversiones... pero tengo calentura, á lo que creo.

— Yo tambien lo juzgo así; tiene Vd. el pulso alterado... Cúidese Vd., ángel mio... Consulte Vd. á Beruhlein. Por lo demás, es de presumir que esto no será nada. ¡Hasta la vista!

Le estrechó afectuosamente la mano y salió.

— ¿Se ha marchado Justina ya? preguntó la margrave con mucha agitacion.

— No, señora, dijo Justina riendo y presentándose. Me habia escondido.

— Bien pues, ¿qué crees tú, querida chiquita, qué intentará Grossenstein?

— A fe mia, que no lo sé. Evidentemente está furioso y perplejo; aun no ha tomado ninguna resolucion. La catástrofe de Rodolfo lo ha desconcertado, y sueña con galeras y torreones. Es cosa que da lástima. La señora me ha dicho que temia, al ver sus angustias, un ataque de apoplejía, y el hecho es que la sangre le asomaba por los ojos. Decididamente el pobre hombre está herido, y desocupa el puesto; no hará mas que necesidades, y yo se lo he prevenido á la señora. Si no se le pierde, el mismo se perderá; tiene vértigos.

— Cierta, pero es menester confesar que hay en todo esto un misterio que me trastorna la cabeza... Ve ese pobre Rodolfo, ¿qué caída!... Y... no es eso todo... hay

cosas... En fin, ¡es increíble y atroz!... Lo importante es agarrarse á las ramas, y conservar la sangre fría.

— ¡Gracias! contestó Justina riendo; preciso sería que las ramas fuesen muy fuertes para que no las rompiera el gordo barón.

Amalia soltó una carcajada estrepitosa oyendo esta grotesca imagen.

— ¡Bravo! dijo ella; pero por mi parte, yo no soy tan pesada, gracias á Dios, y á fe mía, que lo dejaré que se ahogue él solo.

X.

Una sola bugia ardia en el tocador de la margrave. Amalia estaba sola, medio tendida en un sofá. El lujo mas sencillo y elegante habia presidido á su vestido un poco descuidado. Y así, en medio de las gasas transparentes, de los blancos encajes, que dejaban centellear á intervalos el oro de los brazaletes que oprimian sus brazos desnudos, y del collar que circundaba su garganta, iluminada por la dulce y débil luz que le enviaba tan solo rayos trémulos y fugitivos, aparecia como una voluptuosa y seductora vision.

Parecia que aguardaba con inquietud. De vez en cuando levantaba la cabeza, y la alargaba como para escuchar. Medianoche sonó. Profundo silencio reinaba á su alrededor... solo se oia el crujido de la seda cuando se removia, y se reclinaba de nuevo apoyando la frente en su mano con gesto desasosegado.

Por fin, se percibió un ligero ruido. Palpitó y se incorporó. Una puertecilla acababa de abrirse, y un hombre habia entrado por ella.

— ¡Federico! dijo ella vivamente, y lanzándose en seguida hácia él, se colgó á su cuello con cierta embriaguez. ¡Federico mio, gracias por haber venido! Te aguardaba... y temia... temia algun lazo, alguna sorpresa, alguna emboscada... ¡Pero tú has arrojado el peligro! ¡Tú eres siempre el mismo, valiente, intrépido, arrojado, audaz, demonio mio, mi dueño, mi tirano!

Federico permaneció en pié silencioso, inmóvil; en seguida se desprendió de tan dulce abrazo, y miró á Amalia de arriba abajo con penetrantes y severos ojos.

— Señora, le dijo con tono tranquilo y frío, es Vd. hermosa, y está Vd. muy bien adornada... Lo declaro, y la felicito á Vd. por ello... Pero... Vd. se equivoca sin duda, y para recibir mi visita, no necesitaba Vd. ataviarse con ese desaliño estudiado. Se ha engañado Vd... y la compadezco.

La margrave retrocedió.

— ¡Cómo, Federico!... ¿qué dice Vd.? respondió sorprendida y agitada.

— ¡Cierto, que se ha engañado Vd! ¿Ha creído Vd. que yo vendría aquí á imitar á Rodolfo? ¡Señora, se ha equivocado Vd., y debia Vd. haber establecido alguna diferencia entre mí y ese infame!

— ¡Federico! exclamó la margrave, aterrada por semejantes palabras. ¿Qué significa esto?... Pero yo lo veo, te quieres divertir astuciándome, y...

— ¡Divertir, Amalia! no; hablo seriamente. En cuanto á su miedo de Vd... sí, puede Vd. temblar, debe Vd. temblar ante mí, que conozco sus faltas... y que he recibido la mision de castigarlas...

— ¡Federico, Federico!

— Un momento, Amalia, no me interrumpas todavía. ¿Te impele solo el temor á rogarme, ó es quizá un principio de arrepentimiento? ¡Este anillo no te recuerda, desgraciada, al hombre que has vendido, cuyo honor y vida has entregado, cuya sangre has bebido por el amor de un infame!

— ¡Oh! por piedad... Yo...

— ¡Aun mas! Esta llave... esta llave que tú me has dado... ¿no es la que conducia al vil Rodolfo junto á tí? ¡Y tú manchabas y deshonrabas de ese modo la hospitalidad real, tú hacias traicion al príncipe que te honraba con su amor! ¡Ingrata, infiel!... ¡Y por un condenado á galeras!

— ¡Federico, por piedad, te lo suplico!... ¿Quieres verme postrada á tus piés? ¿Te bastará esto? ¡En el nombre del cielo, no me pierdas!

— Sí, quiero verte de rodillas, á tí, que has creído que recogeria la herencia indigna de Rodolfo; á tí, que has creído que haria traicion al príncipe que me ha llamado su amigo, para satisfacer el antojo de una cortesana... Amalia, pídemelo perdon de haber osado creer que fuese yo capaz de semejante maldad!

— ¡Pues bien, perdon mil veces! ¿Qué mas quieres? Podia yo imaginar...

— Sí, quiero algo mas... Escucha con atencion. ¡Tú has cometido crímenes indignos! ¡Tú has hecho traicion á tu primer esposo; tú has vendido al inocente; tú te has burlado de tu bienhechor!... Yo lo sé todo... tengo en mi poder las pruebas... ¡Yo deberia castigarte!... No tiembles, escucha. Tú eres aun hermosa, seductora como una hada. El príncipe te ama... él puede amarte porque no te conoce; él se engaña, él te juzga tal como te ve. Para él es agradable tu compañía. Tal vez ese placer habitual no puede reemplazarse. Descubriéndote, tal vez le hago daño... No me atrevo á hacerlo. Al herir á Rodolfo, me estremecí ya. No quiero causarle hoy un pesar mas profundo... ¡No! que te ame sin conocerte... Y tú, Amalia, ámale como él merece serlo. ¡Piensa en que yo tendré siempre el brazo levantado sobre tí! Pero no, yo te veo temer y llorar... No quiero amenazarte... te ruego... ¿Te arrepientes? ¡Amalia! prométeme redimir tu pasado, y hacer que un día,

viendo la felicidad del príncipe y la tuya, pueda felicitarme de mi obra, y recibir tu amistad como prenda del arrepentimiento de tus faltas, y de olvido del terrible pasado, cuya imagen viva debo yo ser á tus ojos.

— ¡Federico, Federico! balbuceaba Amalia palpitando á sus piés; ¡tú eres mi ángel salvador, yo te prometo, yo te juro!...

En este momento se sintió un ruido estrepitoso, la puerta se abrió repentinamente con fracaso, y el príncipe entró en el umbral.

— ¡Es inútil! dijo una voz fuerte; ¡eso es demasiado, señora!

Amalia dió un grito terrible, y se quedó inmóvil como una estatua de mármol.

— Señora, repuso el príncipe con tono tranquilo, vos no merecis ni pena ni cólera. Salid de aquí. Un coche os aguarda. — ¡Qué se la lleven!

Dos mujeres entraron, tomaron á Amalia, arrodillada siempre é inmóvil, y la sacaron del gabinete sin que pudiera pronunciar una palabra. El príncipe se quedó en frente de Federico; dos centinelas, con antorchas en la mano, estaban en pié á la puerta.

El príncipe se adelantó un paso en tanto que lo examinaba con la vista. Federico se habia quedado fijo y pálido, pero inalterable, y soportó sin turbarse aquella mirada escrutadora.

— Señor de Neuberg, dijo por fin el príncipe, confieso que al venir aquí no esperaba tal cosa... ¡Sois vos!... vos quien... ¡Seguramente, yo no esperaba semejante cosa!...

— Señor, respondió Federico con voz alterada pero firme, tal vez pareceria difícil justificarme... Las apariencias me condenan indudablemente... pero...

— ¡Justificaros! exclamó el príncipe. ¡Amigo mio!... todo lo he oido!

Y acercándose á él, le tendió las manos.

Sorprendido Federico, quiso cogerlas y llevárselas á los labios, pero esta emocion, despues de la escena pasada, era demasiado fuerte. Sintió que su sangre se agolpaba al corazon, se le trastornó la cabeza, y cayó sobre la alfombra.

— ¡Dios mio! gritó el príncipe precipitándose sobre él; ¡Federico!... ¡se desmaya!... ¡Socorro, pronto, socorro, socorro!

— Señor, balbuceó Federico; ¡qué excesiva bondad! No, no es esto nada... Yo... yo queria dar las gracias á V. A.

— ¡Tú, amigo mio, que defendias poco ha mi honor, que pedias favor en provecho de mi felicidad y mi reposo! Yo soy quien debo mostrar mi agradecimiento, yo quien debe darte las gracias...

La servidumbre acudió á los gritos del príncipe; levantaron á Federico, y al punto se sintió aliviado.

— Amigo mio, repetia el príncipe, no os separaréis de mi lado. Esta última prueba me convence de cuánto es el afecto y cuánta la adhesion que me profesais... Pero es preciso abandonar el teatro de tan penosos sucesos. Adios, amigo mio, no olvideis que deseo veros mañana.

Dicho esto se alejó el príncipe. Al ir á entrar á su apartamento encontró á Loupestein.

— Señor, dijo el secretario, perdone V. A. si vengo á molestarlo en este momento; pero el conde de Rosenheim está en mi despacho, y pide una audiencia en nombre de Dios y de la religion, en nombre de la seguridad personal de V. A.

— ¡Rosenheim! dijo el príncipe; que entre, lo recibiré un instante.

El conde fué introducido. Estaba pálido, y parecia víctima de una agitacion honda. En la mano tenia un legajo de papeles.

— Señor, dijo con voz trémula, cuento con vuestra inagotable bondad al aventurarme á dar un paso tan extraño, tan importuno... Tiemblo con la idea de que puede acontecer una gran desgracia, y de que un jóven inocente, Federico de Neuberg...

— ¡Cómo! ¿qué teme Vd. que puede acontecerle? preguntó el príncipe.

— ¡Ah, alabado sea Dios! exclamó el conde. Señor, el tono de las palabras de V. A. me tranquiliza. El regreso precipitado de V. A., la sorpresa que habia causado en palacio, me habian hecho temer que ese jóven hubiese caído en algun lazo que se le hubiera tendido.

— No, no, contestó el príncipe, tranquilícese Vd., conozco la verdadera adhesion que me profesa M. de Neuberg, conozco tambien su conducta, y yo lo estimo tanto, que le agradezco á Vd., señor conde, el interés que se toma Vd. por él, y el cariño que veo que Vd. le tiene. Ese cariño es una recomendacion para mí.

— Grande fortuna será para mí el merecer ese honor. Si lograrse la estimacion de V. A., no sabria cómo manifestar toda mi gratitud... Y ya que mis recelos se han desvanecido, permita V. A. que me retire...

— ¡Cómo, así! Señor conde, poco hace hablaba Vd. de lazos tendidos, de temores por mi seguridad personal. Explicádmelos; ¿qué papeles trae Vd. en la mano?

— Señor, tal vez estos papeles hubieran servido para justificar á M. de Neuberg, y para confundir á sus enemigos... pero ya...

— ¡Qué importa! es tan necesario como ántes que yo los vea.

— ¡Señor!

— Señor conde, me sorprende que rehuséis... Déme Vd. esos papeles.

— No puedo resistir las órdenes de V. A... Aquí están. Pero como no me pertenecen personalmente, ruego á

V. A. que se digne tener presente que he obedecido á sus mandatos poniéndolos en manos de V. A. Si necesitara V. A. otras explicaciones, creo que M. de Neuberg podria ofrecerlas.

— Basta, señor conde. Esté Vd. seguro de que no olvidaré ninguna de las circunstancias de este incidente... y le agradezco á Vd., lo repito, el celo con que se ha apresurado Vd. á venir á ilustrarme en momentos tan difíciles. Lo veo á Vd. muy raras veces en la córte, para que no me conmueva la solicitud que ha mostrado Vd. para un hombre tan adicto á mi persona, como M. Federico de Neuberg.

— Señor, V. A. puede recordar las causas fatales que acarrearón mi retirada, dijo el conde de Rosenheim inclinándose; pero estas jamás han alterado el profundo sentimiento de adhesion que conservo hácia mi soberano, y solo me ha faltado la ocasion de demostrarlo.

— Muy bien, señor conde, dijo el príncipe sonriéndose; yo espero que seremos mas felices en lo sucesivo. ¡Adios!

Hizo un gesto afable de despedida, y el conde se retiró.

(Se concluirá.)

The Herald, de Placerville, habla de un descubrimiento arqueológico muy interesante y que probaria que el centro del nuevo continente ha estado cubierto en otros tiempos de una poblacion civilizada, tan numerosa como la del Yucatan y Méjico. Veinticinco viajeros que intentaban hallar un camino mas corto que el que se sigue comunmente para atravesar el gran desierto de América, han hecho este descubrimiento.

Estos viajeros, dice *The Herald*, apercibieron en la llanura, por la parte des Oeste, un objeto que tenia tales apariencias artísticas por la regularidad de su forma y su posicion aislada, que se decidieron á ir á visitarlo. Despues de haber atravesado un espacio de unas cinco millas por aquella llanura árida y arenosa, tocaron la base de uno de los objetos mas sorprendentes que pueda concebir la imaginacion, vista la soledad en donde se halla. Este objeto es una inmensa pirámide de piedras compuesta de sillares de diez y ocho pulgadas de tres piés de espesor, y de cinco á ocho piés de longitud. La parte superior de esta pirámide forma una meseta de unos cincuenta piés cuadrados, pero es evidente que estaba completa, y que alguna convulsion natural ha derribado la cúspide, porque hay ahora cerca de la base, á uno de sus costados, un enorme monton de ruinas casi totalmente cubiertas de arena.

Esta pirámide difiere bajo muchos aspectos de las pirámides egipcias; es mas rápida y mas esbelta, y en vez de estar formada, como estas últimas, de sillares que disminuyen á medida que se elevan, esta era de un trabajo mas delicado sin duda; el lado exterior de las piedras estaba evidentemente cortado segun un ángulo, que daba á esta construccion, cuando estaba nueva y entera, una superficie tersa y regular desde el basamento hasta la cima.

Partiendo de la capa de arena que rodea actualmente esta pirámide, se cuentan cincuenta y dos sillares distintos que tienen, por término medio, dos piés de espesor, lo que da ahora al edificio entero ciento cuatro piés de altura, de modo que, ántes de la caida de la parte superior, á juzgar por el ángulo que forman los costados, debia de tener por lo ménos veinticinco piés mas de elevacion. En el estado presente de las cosas, seria difícil descubrir, sin gran trabajo, cuanto es lo que se oculta del edificio bajo la arena.

La última estadística oficial de los caminos de hierro de Europa da sobre estas vias de comunicacion las noticias siguientes:

La longitud de los caminos de hierro del Reino-Unido es: en Inglaterra 9,000 kilómetros; en Escocia 1,325; en Irlanda 880. Total 11,105 kilómetros.

En Francia hasta ahora se han puesto en circulacion 3382 kilómetros.

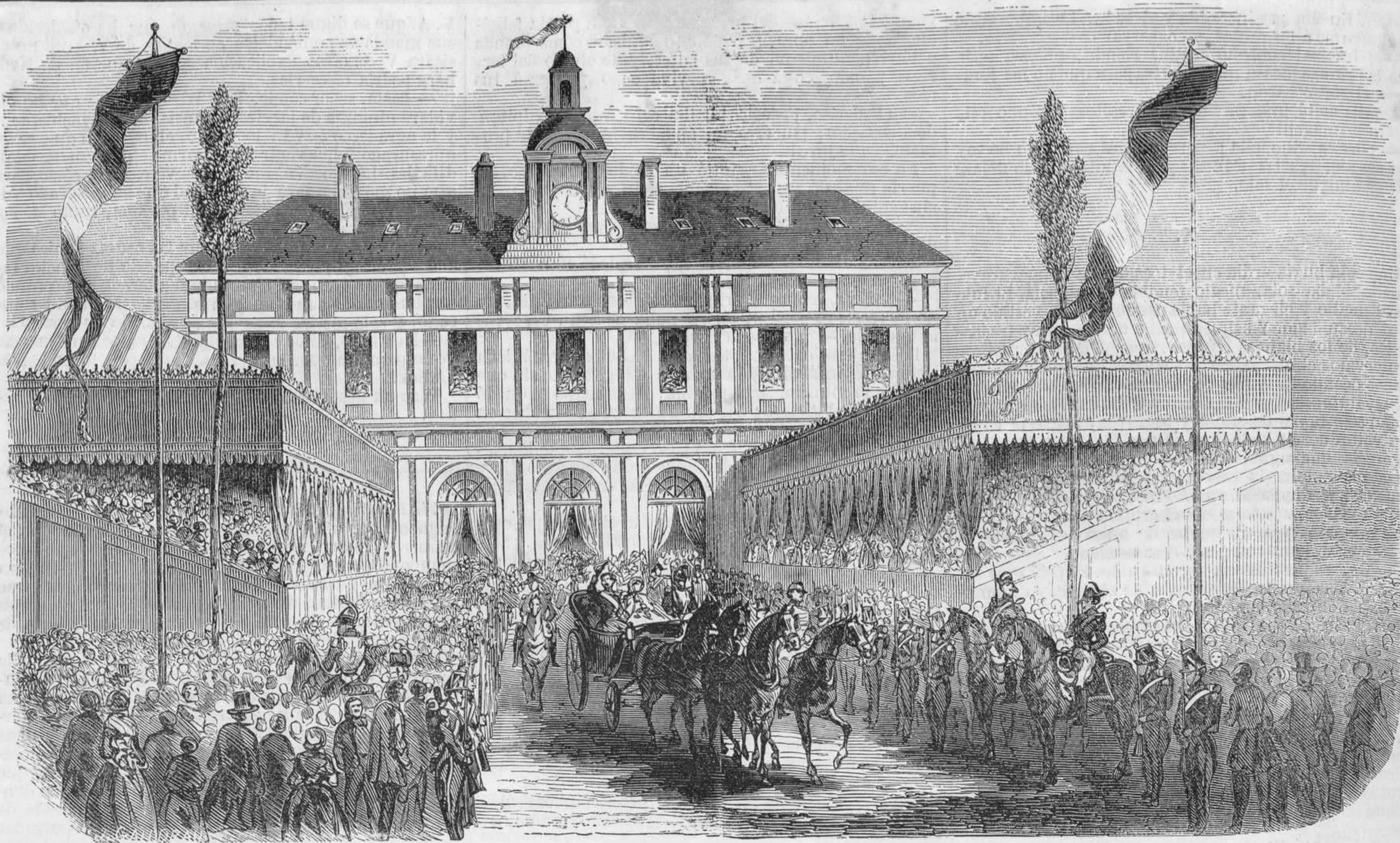
En Alemania, el imperio austriaco cuenta con 2,400 kilómetros de líneas abiertas á la circulacion.

En Prusia 2,750 kilómetros; en Baviera 640; en el ducado de Baden 315; en Brunswich 120; en Hanover 350; en Hesse-Darmstadt 115; en Hesse-Electoral 299; en Hesse-Nassau 50; en Mecklemburgo 230; en Sajonia 510; en Wurtemberg 250; en el principado de Lippe-Schaumbourg 25; en el ducado de Anhalt 85; en Saxe-Weimar, Coburgo y Altenburgo 100; ciudades libres: en Francfort 30; en Hamburgo 20; en Brema 5; en Lübeck 50. Total en las ciudades libres 103 kilómetros.

En Bélgica 875 kilómetros; en Dinamarca 245; en España 80; en Holanda 180; en Cerdeña 125; en Toscana 250; en el reino de Nápoles 100. La línea férrea central italiana, que ha de reunir á Placencia, Mantua, Módena y Prato tendrá una longitud de 280 kilómetros.

En Rusia 1,150 kilómetros; en Suecia y Noruega se construye un camino de hierro desde Cristiania hasta el lago de Miossen de una longitud de 70 kilómetros; en Suiza 27; de los cuales 3 de San Luis á Bale, y 24 de Baden á Zurich.

Las precedentes noticias corresponden al año 1852, el último, cuyos documentos han sido ya recogidos. Desde entónces se han puesto en circulacion varias secciones, de suerte que solo se puede hacer un total general aproximativo de todas las líneas. Este total aproximativo es de 26,000 kilómetros de caminos de hierro en explotacion en toda Europa (6,000 leguas francesas).



Recepcion de SS. MM. en Arras.

Viaje y recepcion de Sus Majestades

(A ARRAS, VALENCIENNES Y LILA LILLE.)

El Emperador y la Emperatriz partieron de Saint-Cloud el 22 de setiembre para Saint-Denis, donde se embarcaron en el camino de hierro del Norte, con el objeto de visitar las poblaciones de la Flandes, segun el programa oficial publicado algunos dias ántes.

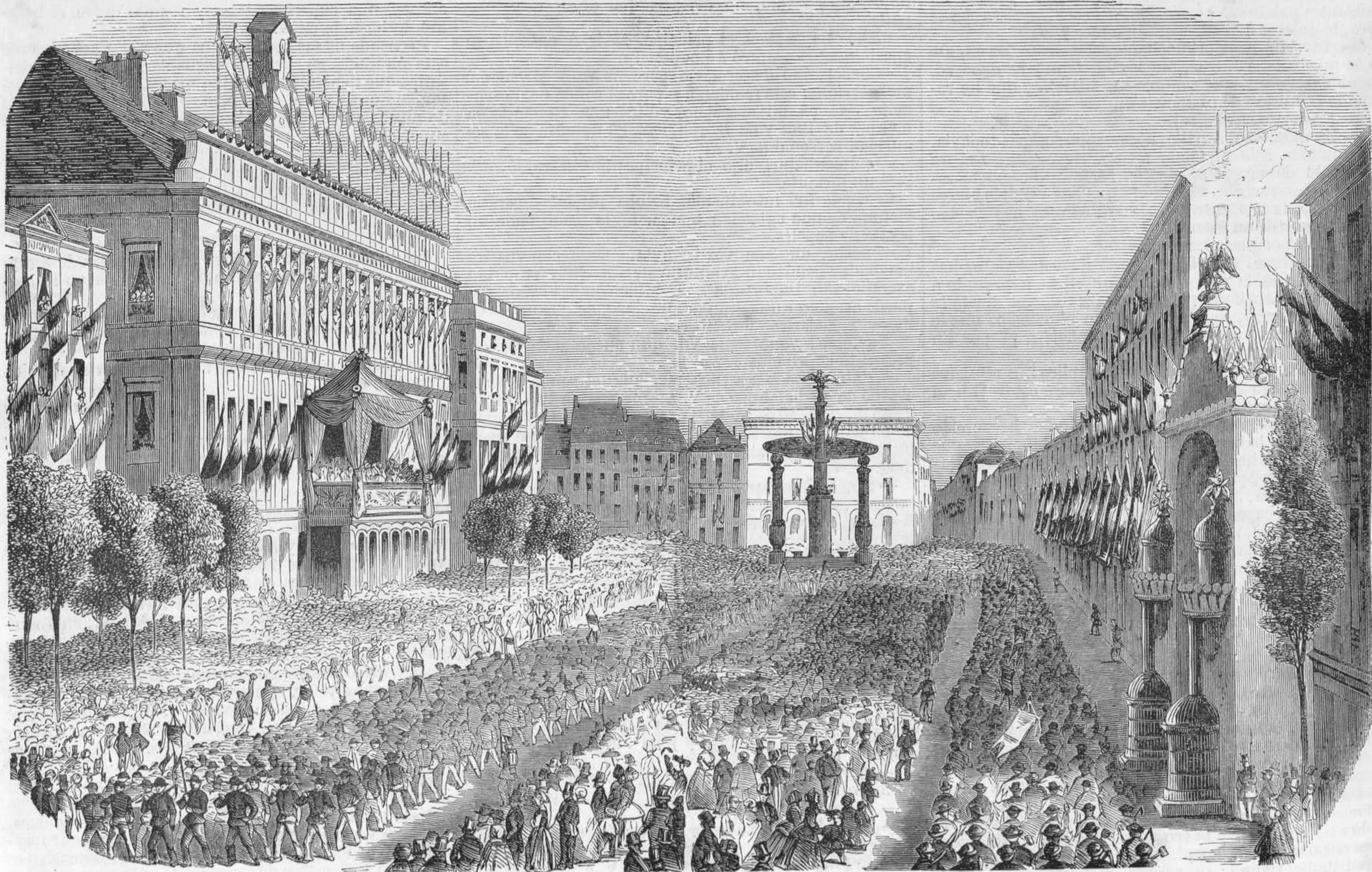
A las cuatro y cuarto se paraba en el embarcadero de Arras el convoy imperial. El alcalde (maire) ha arengado allí á SS. MM. que se hallaban rodeadas de un brillante estado mayor, y á su llegada á Saint-Waast lo han sido por monseñor Parisis, obispo de la diócesis, antiguo obispo de Langres, y miembro de la última Asamblea constituyente.

Despues del *Domine salvum* y algunas oraciones, Sus Majestades se han trasladado á la prefectura, donde te-

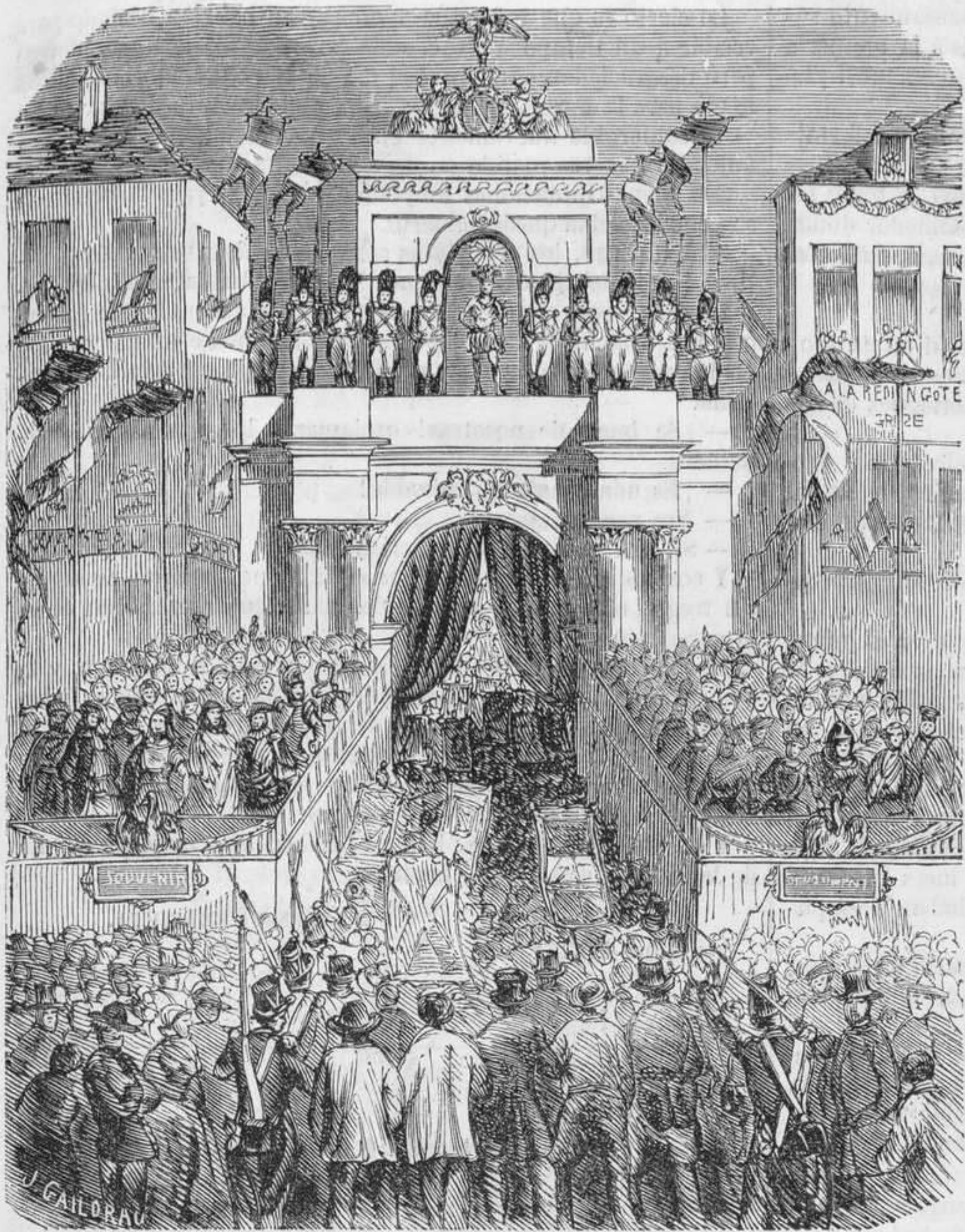
nian preparado su alojamiento, y allí han desfilado ante ellas las comisiones municipales de la provincia (departement).

En seguida han sido recibidas las autoridades, y se han distribuido algunas cruces á antiguos militares y á otras personas.

El banquete ha venido despues, luego el baile en una dependencia del obispado, trasformada en galería. El baile ha sido magnífico. Al dia siguiente visitó muy



Los mineros desfilan sobre la plaza de Valenciennes.



Arco de triunfo de la Sociedad de los Incas en Valenciennes.

dose despues en camino para Valenciennes.

Un discurso del alcalde ha inaugurado naturalmente el breve espacio de tiempo que han permanecido Sus Majestades en esta ciudad. El alcalde ha ofrecido las llaves, y el Emperador le ha respondido como Carlos V á la duquesa de Etampes: «Guardad las, en buen as manos están para que yo las tome.»

Muchos arcos de triunfo espléndidos habian sido erigidos, y toda la ciudad estaba cubierta de colgaduras y de banderas para celebrar la residencia de dos ó tres horas que debian hacer SS. MM. Entre estos trofeos se hacia notar el de la Sociedad de los Incas, con cincuenta figuras vivas que personificaban las principales épocas de la historia de Francia. La industria del azúcar indígena y del carbon de piedra se han distinguido igualmente. Los mineros de Anzin y de otras minas circunvecinas han desfilado por la

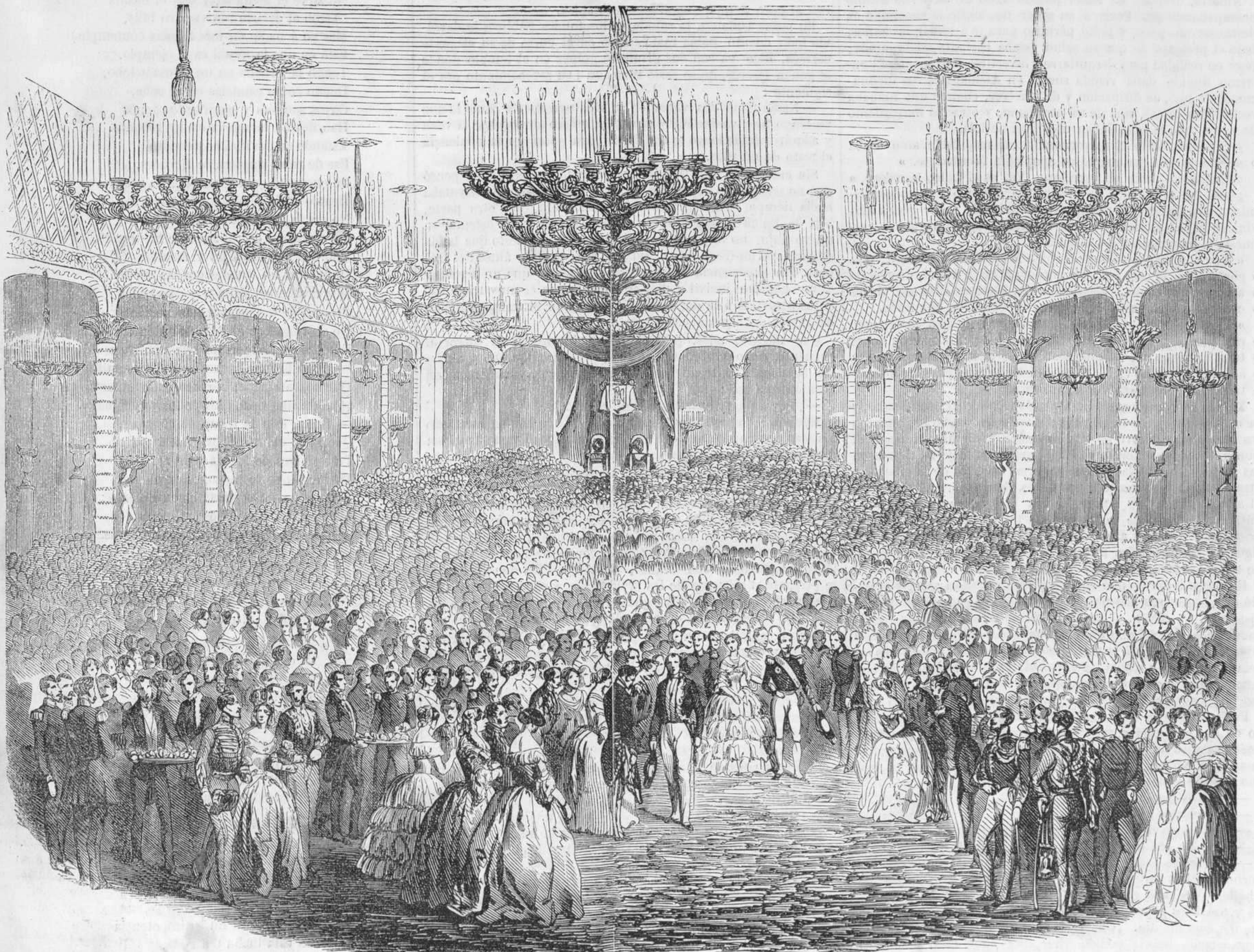


Entrada de SS. MM. en Lila.

temprano el Emperador la ciudadela, y á las once continuó el viaje á Douai. SS. MM. pararon muy poco en esta estacion, ocupándose en pasar una revista, ponién-

plaza Mayor de Valenciennes, en número, á lo que se dice, de ocho mil, y con el traje de trabajo, blusa y pantalon de tela gris, sombrero de hule coronado de

un farol, el pico á la espalda, formando el conjunto un golpe de vista muy pintoresco. El cortejo imperial se dirigió de Valenciennes á Lila



Decoracion de la sala del baile ofrecido á SS. MM. por la ciudad de Lila.

(Lille), donde SS. MM. hicieron su entrada por la noche en medio de una lluvia fuerte, en un carruaje cubierto, pero con las ventanillas abiertas, según nos escribe un corresponsal, de modo que el Emperador saludaba por la izquierda, y la Emperatriz por la derecha. A pesar del agua, mas de cien mil individuos asistían á esta entrada triunfal.

Historia de la semana.

Alberto D... es un joven que dispuso alegremente cuanto llegó á sus manos con la desenvoltura con que gastan en París aquellos que están seguros de la fortuna. Durante algunos años, hizo mucho ruido en los círculos elegantes; pero en estos últimos tiempos ha puesto coto á sus locuras, pues el tío que á su muerte debe dejarle diez mil duros de renta, concluyó por estirar la cuerda, mostrándose muy exigente; la reforma del disipador fué una condicion de la herencia, y el joven hubo de retirarse de la brillante escena en que vivía, encerrándose en un rincón, donde hacia valer con destreza su buena conducta. Además, el viejo tío quería que se le prodigarán los mayores cuidados, y exigía de su sobrino que le acompañara constantemente en la temporada que pasaba en París, que solía durar todo el invierno: lo demás del año residía en sus posesiones de la Lorena.

En la expectativa de la herencia en cuestion, no hay sobrino en el mundo que no se dedique con ansia á satisfacer todos los caprichos de un tío: Alberto no se descuidaba en la tarea, y á sus atenciones añadía un desinterés digno del corazón mas puro.

— ¿Qué uso vas á hacer de mi dinero cuando yo muera? le preguntaba el tío en sus momentos expansivos.

Alberto le respondía con otra pregunta:

— ¿Porqué me aflige Vd. con tan negras ideas? No hay fortuna en el mundo que pueda consolar de la pérdida de una persona á quien se ama.

— Está muy bien, respondía el tío; esos sentimientos te honran; pero no tengas cuidado, pues yo no pienso morirte tan pronto.

En efecto, el viejo estaba fuerte y robusto, y parecía capaz de morir mucho tiempo despues de su sobrino.

Entretanto, el pobre provinciano, seguro de la buena conducta y del cariño de Alberto, le prometió solemnemente que podía esperar con seguridad las recompensas del porvenir.

Alberto, despues de haber pasado todo el invierno último acompañando por París á su señor tío, sintió la necesidad de descansar un poco, y pidió permiso para ir á tomar los baños, bajo el pretexto de que su salud estaba bastante quebrantada; pero en realidad para desquitarse y divertirse libremente. El enfermo fingido daba rienda suelta en Alemania á sus inclinaciones de lujo, de disipacion y de placeres, cuando una mañana recibió dos cartas, una de un escribano, y otra del mayordomo de su tío, que le anunciaban una gran noticia.

« Señorito, decia el mayordomo, mi respetable amo acaba de sucumbir á un ataque de apoplejía fulminante. »

« Caballero, decia el escribano, Vd. es el único heredero. »

¿Cuál fué la primera impresion de Alberto, y qué sentimientos le agitaron al recibir esta noticia? El lector podrá adivinarlo por el contenido de la siguiente carta dirigida en respuesta al mayordomo del difunto:

« Voy á tomar posesion de todo lo que me pertenece; dis- ponga Vd. la casa para recibimos, á mí y á una docena de amigos que deben acompañarme. Necesito diez mil duros corriendo, que puede Vd. buscar hipotecando una finca. »

» Llegaremos siete ú ocho horas despues de esta carta; que esté puesta la mesa, y que ande bien listo el cocinero; sobre todo los vinos quiero que sean de lo mas exquisito; mucha actividad, mucho celo, trate Vd. de lucirse, pues de lo contrario no se quedará Vd. á mi servicio. »

El rico heredero reunió una porcion de alegres camaradas, y la cuadrilla se puso en marcha; el viaje no era largo, pues con los caminos de hierro no hay distancias; además, al llegar al punto donde se concluía el ferro-carril, los viajeros alquilaron las mejores carretelas y los mejores caballos de la ciudad, y atravesando rápidamente los caminos, descubrieron á poco rato el asombroso caserío que dominaba la verdura del parque; al entrar en el patio de honor de aquella habitacion feudal, los postillones hicieron alto estrepitosamente chasqueando sus látigos, y los huéspedes atronaron los aires con vivas y gritos de triunfo lanzados en coro hasta las nubes.

El mayordomo recibió en el peristilo al nuevo amo, y anunció que, según sus órdenes, un espléndido banquete se hallaba dispuesto. En efecto, al poner el pié en el comedor, los convidados se quedaron deslumbrados con el aspecto de aquella mesa donde todo era plata y rica cristalería. En los aparadores se veía una soberbia vajilla, acompañada de una multitud de botellas de mil formas y colores, que ofrecían un golpe de vista tan imponente como seductor por los gocees que prometía.

Por todas partes unánimes cumplimientos saludaron al dueño de tantas riquezas, y esta aclamacion continua se prolongó mientras duró el festin, en medio de los dichos mas agudos. Cuando la embriaguez principió á exaltar los ánimos, se oyó una serie de exclamaciones por este estilo:

— ¡Riquísima comida!
— ¡Exquisitos vinos!
— ¡Bien hizo el difunto de dejarlos envejecer en la cueva!
— ¡Bendita sea mil veces la avaricia de los tios ricos!
— Esto no es nada, decia el heredero; os juro que este invierno en París darémos golpe. ¡Viva el lujo, vivan los buenos caballos y las ricas carretelas! ¡Viva el juego, vivan los amores y todos los gocees de la vida! Ya veréis si sé gastar la renta que me deja mi tío. ¡Oh, qué buen hombre era! ¡Morirse ahora cuando habria podido vivir diez años mas, magnífica idea!

— Señores, añadió Alberto, animado de un pensamiento súbito, y alzando la copa cuanto podía; ¡un brindis á la memoria de ese precioso tío, que supo morir tan oportunamente! ¡La tierra le sea ligera!

— Muchísimas gracias, caballero, respondió una voz formidable.

La copa se escapó de las manos del heredero, y todos los ojos se volvieron hácia una de las puertas del comedor donde estaba en pié un anciano venerable, con los brazos cruzados, severa la mirada y la frente sombría.

— ¡Mi tío! exclamó temblando el heredero.

— ¡El difunto! gritaron los convidados cada cual en un tono distinto, unos echándose á reír á carcajadas, y otros como atontados, según el carácter jovial ó grave de la embriaguez de cada uno.

Nunca aparicion mas improvisa produjo un efecto mas dramático. Menos valiente que Don Juan al ver acudir á la cita al comendador de piedra, el sobrino se dejó caer sobre su asiento aterrado y confundido.

El anciano prosiguió en medio del silencio de los espectadores:

— Tú eres el que me decias que no hay fortuna en el mundo que pueda consolar de la pérdida de una persona á quien se ama. ¡Este es el empleo que darías á mis bienes! ¡He querido saberlo, valiéndome de una estratagema, y ahora que lo sé no me pesa! ¡Señores, fuera de aquí, fuera todo el mundo!

El anciano pronunció estas palabras haciendo con la mano un ademán imperioso, y desapareció por la puerta como una sombra. Al punto entraron en el comedor una porcion de criados, de los cuales unos se pusieron á apagar las luces, en tanto que los otros, repitiendo la órden del amo, echaban á empujones á los convidados.

Los carruajes estaban enganchados aun en el patio de la casa, y los viajeros se volvieron por el mismo camino, aunque con ménos gritos y algazara.

El fin de la historia es que Alberto regresó á París esta semana desheredado ya y sin esperanzas de obtener algun día la mas mínima parte en la sucesion, pues el inflexible tío ha hecho un testamento repartiendo sus bienes entre varios parientes lejanos, que los disfrutarán á su muerte.

A esta verídica historia que ha dado á luz engalanada con muchos pormenores un periódico parisiense, añadiremos otra no ménos auténtica, y que ha dividido con ella el interés de las pocas novedades de la semana.

Un joven á la moda, célebre entre los mas célebres por sus triunfos y conquistas de todo género, pero á quien la fortuna no habia sido propicia, logró en estós últimos tiempos cautivar á la rebelde. Seducido por los ejemplos que tanto abundan en el día de hoy, se lanzó en especulaciones financieras, que dieron al poco tiempo magníficos resultados.

En pocas semanas, la subida de los fondos públicos le devolvió todo cuanto habia mal gastado en el curso de su elegante carrera. Rico ya con sus primeros golpes en el templo donde se ganan tesoros, quiso serlo mas aun: su razonamiento era el siguiente:

— Nadie tiene dos veces en su vida una suerte como la que yo tengo hoy; ya que estoy para ello, quiero aprovechar la vena y adquirir desde luego lo suficiente para pasar en la opulencia el resto de mi vida.

Sin embargo, mientras iba explotando su felicidad, pensó que no sería malo pagar sus deudas, placer que no disfrutaba hacia tiempo. Esta prudente resolucion era, por otra parte, hija de las circunstancias. Sus acreedores, al verle ostentar su nuevo lujo, no le permitían vivir en paz, y puesto que habia de pagarlos un día ú otro, queria salir cuanto antes del mal paso. Por experiencia sabia nuestro elegante que un acreedor es un hombre incivil y mal educado, y que es muy triste hallarse sometido á la dura necesidad de huir el cuerpo, cuando las garras del alguacil están alerta.

Qué alegría, pues, para el joven elegante la de correr al encuentro de los acreedores de quienes se escondía ántes, abrirles la puerta, introducirles en su gabinete, y exclamar con acento orgulloso:

— ¡Voy á pagar hasta el último ochavo!

Muchos de aquellos que hasta entónces se habian mostrado los mas encarnizados al olfatear la fortuna y al verle tan bien dispuesto, cambiaron de repente de tono y de maneras, diciéndole que no tenían prisa en recibir su dinero. Los comerciantes le ofrecen un crédito ilimitado, pero el deudor tratándoles á su vez con dureza, les declara que no quiere nada con ellos en adelante, humillándolos como en desquite de las humillaciones que él habia sufrido. Nadie podrá sustraerse al pago íntegro de la suma que se le debe: todos están convocados en su casa; el joven les persigue con ahinco, despierta á los que duermen, se presenta al recuerdo de los olvidadizos, y por último los cita á todos el lunes pasado para que acudan con sus notas y facturas, á fin de saldar sus cuentas, dinero en mano.

Esto sucedía hace un mes; en el plazo que se otorgaba el joven se prometía realizar sobre sus beneficios las cantidades suficientes para llevar á cabo esta operacion de alta moralidad privada.

La noticia de lo que iba á pasar se esparció en los círculos de la juventud dorada con la velocidad del rayo.

— ¿Sabéis una cosa?

— ¿Qué?

— Nuestro amigo X... va á pagar sus deudas.

— ¿Es cierto? le preguntaron á él sus camaradas.

— Ciertísimo.

— ¡Qué asombro!

— ¿Y piensas que nosotros adoptaremos la moda?

— Poco me importa que me imiteis ó no; hago esto porque me acomoda.

— ¿Y cuando se verificará una cosa tan extraordinaria?

— El primer lunes del mes de octubre, día en que reuno á todos mis acreedores.

— ¿A todos ellos? ¿Y dónde será la reunion?

— En la plaza de la Concordia?

— No, en mi casa.

Lo cierto es que todos sus aposentos no habrian bastado para recibir á un tiempo á la crecida cuadrilla de sus acreedores; pero desgraciadamente entre el día de la convocatoria y el día fijado para la reunion, llegó la baja, y el elegante deudor se ha visto sumergido nuevamente en los apuros en que se hallaba ántes de haberse metido en especulaciones financieras.

Sus buenas intenciones no podían realizarse ya; el abismo de sus deudas debía quedar abierto.

Sin embargo, los acreedores convocados llegaron el lunes último á casa del deudor; ninguno de ellos habia faltado al llamamiento; pero el que debía pagar estaba ausente y su puerta cerrada. Una hora pasó aquella muchedumbre en el portal y en las escaleras de la casa, pero el personaje principal no aparecía.

— ¡Se burla de nosotros! exclamaron los acreedores exasperados.

— ¡Es una chanza abominable!

— Nos vengaremos.

— Sí, nos vengaremos, repeties todos.

Y con las cuentas y papelotes en la mano, juraron perseguir sin tregua ni descanso al acreedor hasta que dieran con él en la cárcel por deudas.

El infortunado especulador habia previsto la borrasca, y la víspera reuniendo los restos de su prosperidad pasajera habia salido para Italia donde pasará el invierno, esperando que se apacigüe la furia del primer momento, y que sus acreedores se resignen de nuevo á la paciencia, que es la mejor y mas indispensable de todas las virtudes sociales.

Y he ahí cómo París se hallará privado este invierno de una de las notabilidades de la moda.

MARIANO URRABIETA.

9 octubre 1853.

FÁBULAS.

EL LOBO MORALISTA.

Yo conozeo escritores mas de cuatro
Peores que farsantes de teatro,
Que frecuantan burdeles y garitos,
Y predicán moral en sus escritos.
No sirve el predicar, y está el busilis
Temo al decirlo remover su bilis,
Mas yo á nadie en mis fábulas contemplo)
Está en que la moral es el ejemplo.
Tengo la prueba en un taimado lobo,
Ducho como candelas en el robo,
Cuyos saqueos y sangrientos daños
Han dejado memoria en los rebaños.
Estando en sus ilícitos merodes
Ese de reses implacable Heródes,
Se encontró cara á cara con la zorra
Dentro de la república de Andorra.
No era la zorra de carácter blando;
De corral en corral siempre brincando,
Cobraba con sus artes y resortes
Impuestos no votados por las córtés.
Despues de los saludos y cumplidos
Propios de los sugetos bien nacidos,
No acordándose el lobo de quien era,
Empezó su sermon de esta manera:
— ¿Qué te han hecho las miserables gallinas
Que con ansia tan bárbara exterminas?
¿Qué te han hecho los pollos y conejos?...
— Basta, dijo la zorra, de consejos,
Que si yo cómo pollos y hasta pavos,
Tú no vives de berzas y de nabos.
Tu moral, no lo niego, es excelente,
Y no tengo en seguirla inconveniente;
Pienso dejar en paz los gallineros,
Cuando dejes tú en paz á los corderos. —

EL DIAMANTE Y LA LUZ.

Con una luz un diamante
Empeñóse en competir,
Y cuanto mas rutilante
Ella lograba lucir,
Era él tanto mas brillante.

Brillaba ella mas y mas,
Y él, casi de ella á compás;
Mas y mas tambien brillaba;
Alguna vez la igualaba,
Sin excederla jamás.

Y si ella disminuía,
Menguaban tambien en él
Los rayos que despedía,
Y con su cáustica hiel
La envidia ville roía.

Conoció al fin su impotencia
En esta lucha tan ruda,
Y cometió la imprudencia

De pedir agena ayuda
Para acabar la pendencia.

— ¡Oh céfiro que á las flores
Das un beso y otro beso,
En cambio de los olores
Que bebes con tanto exceso
En sus hojas de colores!

Al euro pide el aliento
Con que las flores violento
Y los árboles deshoja,
Y librame del tormento
De esa rival que me enoja. —

Luchó la luz combatida,
Pero la lucha fué breve;
Quedó muy pronto rendida,
Y pronto al céfiro alevé
Tuvo que entregar la vida.

La que brillaba tan pura
No vierte ya rayos mil;
Mas la noche queda oscura
Sin que el diamante gentil
Pueda mostrar su hermosura.

Es muy ciega la venganza,
Y poco lograrla cuesta
Por medio de una asechanza,
Mas casi siempre es funesta
Para el mismo que la alcanza.

ANALOGÍA.

Es Perico un estúpido, un bendito;
Por lo demás su físico enamora;
Funda toda su gloria en ser bonito,
Y en todo con el sastre se asesora.
Tiene un reloj magnífico, exquisito,
Pero que nunca señaló la hora,
¿Y habrá tal vez quién á negar se atreva
Que el reloj se parece al que lo lleva?

MANÍAS.

En casa de un retratista
Un paleta vió colgados
Retratos muy bien sacados
Por el pincel del artista.
Después de pasar revista,
Dijo con cierto desden:
— Voy á ver otro almacén,
Pues mi retrato deseo,
Y entre tantos ni uno veo
Que venga á mi rostro bien. —

Llámesse Blas, Gil ó Luis,
El que en naciones vecinas
Las leyes busca y doctrinas
Que han de regir su país,
Es solo un chisgaravis,
Y mi musa le compara
Por su pretension tan rara
Al paleta que insensato
Iba buscando un retrato
Acomodado á su cara.

LA ABEJA Y LA FLOR.

Cerniéndose al rededor
De la bella flor la abeja,
Solicita su favor,
Y ella creyendo en su amor
Libar su néctar la deja.

¡Pobre flor! cuando la impía,
Que sus mieles ambiciona,
Há apurado la ambrosia
Que en el cáliz contenía,
La desdeña y la abandona.

Guardad en el corazón,
¡Oh, hermosas! esta lección
De desengaños y afanes;
Flores las vírgenes son,
Y abejas son los galanes.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

con él á Europa. Este globo debe tener 125 piés de diámetro, y no tendrá necesidad de estar mas que medio lleno de gas, sino viaja á una distancia vertical de mas de tres millas y media de la superficie del suelo. Costará con su equipo 20,700 dollars, y segun los cálculos del aereonauta, podrá llevar 34,375 libras de peso. Para guiar su globo, M. Wise aprovechará las corrientes de aire que existen, segun el profesor M. Espy, á tres millas y media sobre el suelo de la América del Norte, y que deben permitir á un aereonauta á semejante elevación, dirigirse hácia el Nordeste, ó directamente al Este. Por medio de estas corrientes, cuya existencia regular es aun mas que problemática, se podría volar sobre el Océano Atlántico, y en 24 horas, y quizá mas pronto, enviar un mensaje de Nueva-York á Suabia. M. Wise quiere ensayar primero estas corrientes en el continente americano, y si las halla constantemente favorables, se arriesgará á cruzar el Océano.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los elegantes tratan de caballos. — Los duendes; el ahogado del duque de R... — La magia está á la moda — Un pantalon digno de un jardín botánico. — De cómo se anuncian las nuevas telas. — Los sombreros rayados. — Paralelo entre dos sobretodos de otoño. — Algunos detalles sobre las telas en voga. — Los pantalones extravagantes vuelven al poder. — Los pantalones negros quedan destronados. — Descripción del figurin de modas de hombres.

La juventud dorada, á falta de política y de oposicion, no trata ya en el día mas que cuestiones de caballos, las carreras de Chantilly y las del Campo de Marte roban la atención de los elegantes parisienses. Se hacen grandes apuestas, se discute y hasta se pelea por caballos. Diríase que los parisienses necesitan siempre adorar alguna cosa. Hoy son los caballos, ayer eran las mesas giratorias, mañana se hablará de muertos resucitados. Esto último no es chanza; se trata mucho en los salones de los difuntos que obedecen á una voluntad poderosa, y hasta se cuenta una aventura reciente ocurrida en uno de los palacios del barrio de la nobleza antigua.

El duque de R..., ex-embajador en Italia, cree en los duendes á pié firme. Hallándose la semana última en casa de la señora condesa de L..., se puso á hablar de su asunto favorito, afirmando que por medio de la magia se logra que aparezcan fantasmas.

Todas las señoras que habia en el salon, y por cierto eran bastantes, se echaron á reír con la salida aquella, y una viuda muy nerviosa, y sobre todo ávida de emociones, instó vivamente al duque para evocar á un difunto inmediatamente.

El duque preguntó seriamente como un hombre bien convencido de lo que hace:

— ¿Qué difunto quiere Vd. que aparezca? ¿Un difunto cómico, trágico, político, ó bien su marido de Vd. que hace tiempo está enterrado?

— Me es completamente indiferente, respondió la viuda; que se aparezca la última persona que ha muerto hoy.

El duque se inclinó en señal de asentimiento, y como eran las doce de la noche, la hora cabalística, principió sus operaciones mágicas describiendo un círculo y colocando en medio de él á cinco señoras, que se atrevieron á contribuir al experimento.

El salon no estaba muy bien alumbrado; las invocaciones diabólicas del duque principiaron á espantar á las curiosas, que acabaron por hacer un movimiento para retirarse del círculo.

— Ya no es tiempo, exclamó el duque, pues el difunto está á la puerta; valor, y piensen Vds. que si salen del círculo podrán quedarse muertas en el acto.

Júzguese el efecto que produciría esta graciosa alocucion... pero en fin ya era tarde para retroceder.

La puerta se abrió y se vió, á la claridad dudosa que habia en el salon, se vió en todo su horror el cadáver de un ahogado!...

El duque habia dispuesto muy bien el espectáculo, de modo que el ahogado tenia todos los requisitos necesarios para espantar á toda una facultad de filósofos y de incrédulos. ¡Figúrense mis lectores un cadáver desnudo, verdoso, con los cabellos húmedos y erizados de plantas acuáticas, con las manos crispadas y llenas de avena, y el rostro descompuesto con un gesto infernal! En cuanto entró, el fantasma quiso precipitarse hácia el círculo mágico, pero el duque con los ojos furiosos y extendido un brazo, le prohibió que se acercara. Las mujeres principiaron á dar gritos. El espectro quiere pasar adelante, y solo al cabo de una hora de luchar y de esfuerzos, consiente en retirarse, dejando á las mujeres desmayadas.

He ahí lo que se cuenta en los círculos elegantes, y lo que se imprime en muchos periódicos. La magia está á la moda, veremos hasta cuando.

Entretanto hablaremos un poco de nuestro asunto, y principaremos por decir que los elegantes se muestran en los paseos con pantalones donde van estampados monumentos, aves, flores, objetos de la China, etc., etc. El otro día vi á un jóven que llevaba un pantalon ceniciento en cuyas piernas habia dos

águilas negras extendiendo su vuelo. Cosa mas curiosa aun; hay sastres que enseñan como novedades paños con dibujos grotescos y fantásticos. Así se ven en ciertos pantalones las escenas principales de los últimos dramas, ó la coleccion completa de los monumentos de Paris.

¿Quién llevará cosas tan raras? Pero no es esto todo. Tambien se ven algunos sombreros rayados como una piel de pantera ó de leopardo. La moda es horrible, pero en esto los hombres imitan á las mujeres, que llevamos sombreros imitando pieles; los hombres pueden ser tan ridículos como nosotras.

En cuanto á las modas ordinarias de otoño, dirémos que ya principian á presentarse claras. Los sobretodos seguirán en voga; voy á citar dos, diferentes en género y en corte:

El primero, de fieltro de lana en un solo color, lo mismo al revés que al derecho, se lleva ancho, recto por detrás, y cuadrado por delante con un buen cruzado y mangas espaciosas.

El segundo, que vulgarmente se llama *la inglesa*, se hace de *moos-cloth*, y se lleva mas largo que el otro y semi-ajustado. El cuerpo es tambien mas largo, y parece un cuerpo de levita.

En todo lo que es fantasía, se pone mucho cuello, y las solapas y bocamangas se cubren con una tela de color diferente. Para esto se emplea la seda de cuadritos ó de rayas.

La *uatina* y el *edredon* de pelo liso para paletó y sobretodo, se reemplazan actualmente con el fieltro de lana y el *moos-cloth*, que es una tela inglesa. El fieltro es grueso y ligero, y superior por lo tanto á las antiguas telas.

Vuelven á ser de moda las bandas impresas en la tela que adornan las costuras exteriores de los pantalones. En las telas predomina la fantasía, lo que no es del mejor gusto. Las bandas difieren en color de lo demás del pantalon; á veces son escocesas, y tienen de 7 á 9 centímetros de anchas.

Si esto continúa, nuestros elegantes van á salir á la calle vestidos de arlequines.

Se hacen muchas mezchillas con fondos oscuros ó claros; son las telas que mas se llevan para visitas de día, porque sientan mejor que el negro.

El mes próximo tendrémos ya las modas de invierno, y podré hablar mas largamente que hoy de novedades.

Entretanto suplico á mis lectores que examinen con ojo atento el figurin de este número, pues las modas que en él se representan les darán una idea de las novedades de otoño.

El niño de cinco años que está á la izquierda, lleva un vestido de otoño, sencillo y gracioso.

La blusa de marino-cachemira es de estilo Francisco I; describe un corpiño ajustado formando faldetas sujetas al talle por un cinturón de la misma tela. El delantero se cierra por medio de una sola hilera de botones; las mangas son anchas y abiertas por abajo. Lo que forma el faldón se halla plegado al rededor del cuerpo; no se pone chaleco; el pantalon blanco lleva una rica guarnicion de encaje.

Este niño se halla junto á un caballero, que lleva un elegante traje de estar en casa, compuesto de una chaqueta de *cotteing* á cuadros, cruzada sobre el pecho con dos hileras de botones de nácar. Las solapas son de una sola pieza; los forros interiores son de seda. Al rededor hay un ancho ribete de galon de seda cosido llano.

Las solapas y el cuello llevan encima una tela escocesa. Como el cuello no se ve, puede llevarse al gusto de la persona. El pantalon es de fantasía, género *bayadera*, ancho y sin trabillas.

Después viene un hombre de treinta años con un traje de otoño para paseo y visitas de confianza. Compónese de una levita de edredon, bastante ancha, aunque dibuja bien las curvas. Las solapas son anchas y cuadradas; lleva bocamangas, y el faldón es largo y de anchura regular.

El chaleco es de chal cruzado con dos hileras de botones, largo de abajo y derecho de talle.

Pantalon de punto rayado, redondo sobre el pié y con trabillas.

El cuarto personaje tiene un vestido casi igual á ese, pero visto de espalda. De este modo se nota la anchura de talle por detrás, y el corte cuadrado en los embebidos al sesgo de la cintura. La forma del chaleco es de chal liso ó cruzado, con botones hasta arriba ó á la inglesa, cerrando á voluntad. El pantalon, de terciopelo de lana, tiene una buena anchura de piernas y lleva trabillas. Las costuras exteriores van adornadas con una banda de fantasía.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Los bailes de Java.

RONG-GINGS (BAILARINAS) DEL INTERIOR DE JAVA.

Como el nombre de bailarinas no nos parece muy propio para esta clase de mujeres que se ven en nuestro primer grabado, adoptamos el de *rong-gings* adoptado en Java.

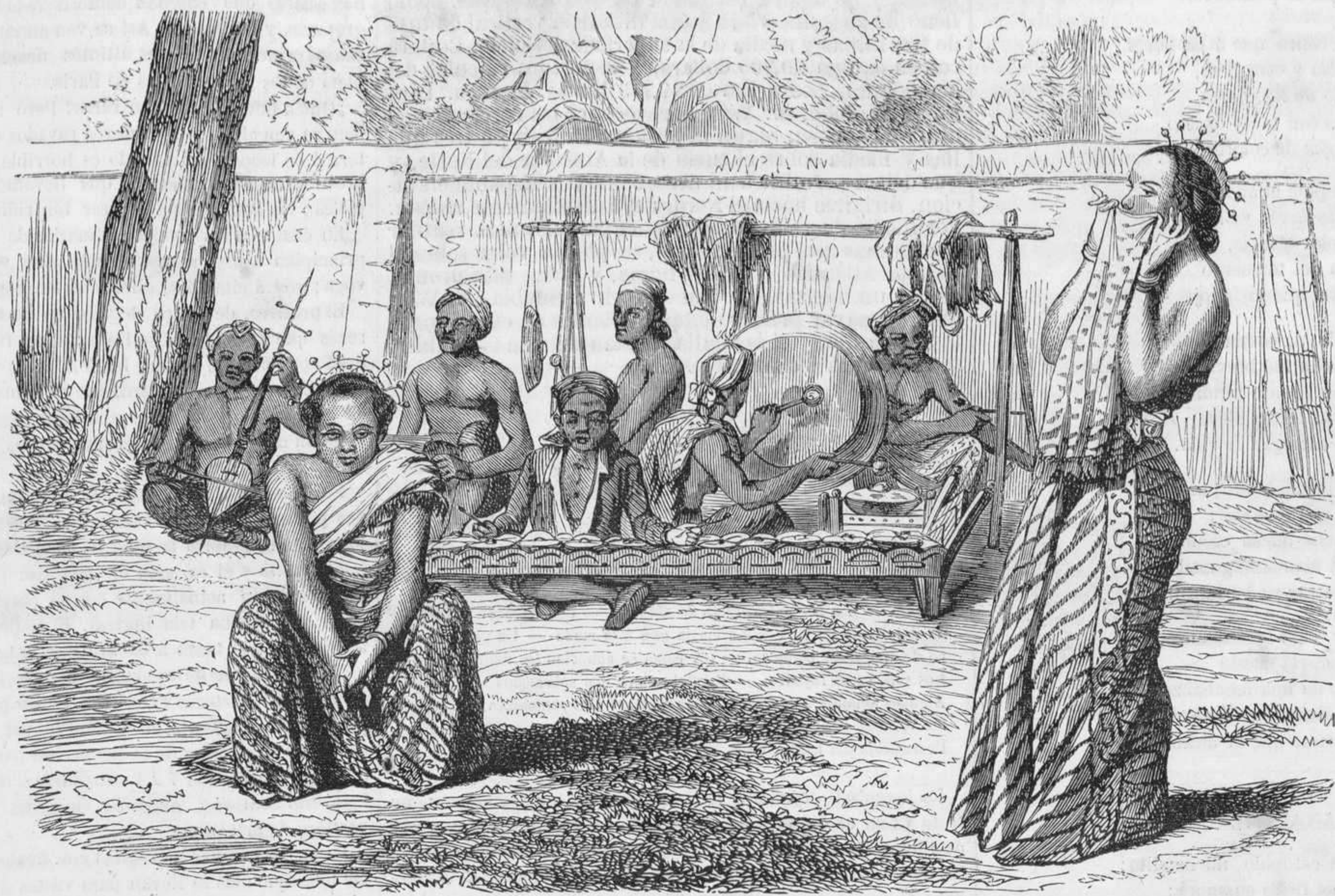
En efecto, la mímica y los cantos que los acompañan de tiempo en tiempo, tienen muy poco carácter de baile, porque los piés son de todas las partes del cuerpo las que ménos se mueven; toda la accion de esta pan-

tomima se ejecuta á partir de las rodillas, pues consiste particularmente en el juego de las articulaciones.

Los cantos que mezclan con estas escenas mímicas son, en su mayor parte, improvisaciones sobre toda clase de asuntos; á veces se refieren á la gente que los rodea, ó en honor de personas determinadas presentes al baile.

Las escenas de las rong-gings son mas modernas que las de los topings, como veremos luego.

La hermosura de formas y flexibilidad de movimientos peculiares á los habitantes de Java dan á estas representaciones un sello de virginidad que no carece de gracia; pero donde mejor se pueden apreciar estas cualidades es en las fiestas que dan los jefes de Java, cuyas mujeres poseen á fondo la ciencia de estas escenas mímicas. Los cantos con que acompañan sus ademanes considerados musicalmente, carecen de armonía; las modu-



Rong-gings (bailarinas) en el interior de Java.

las crines rascan por debajo, en vez de hacerlas vibrar al modo ordinario.

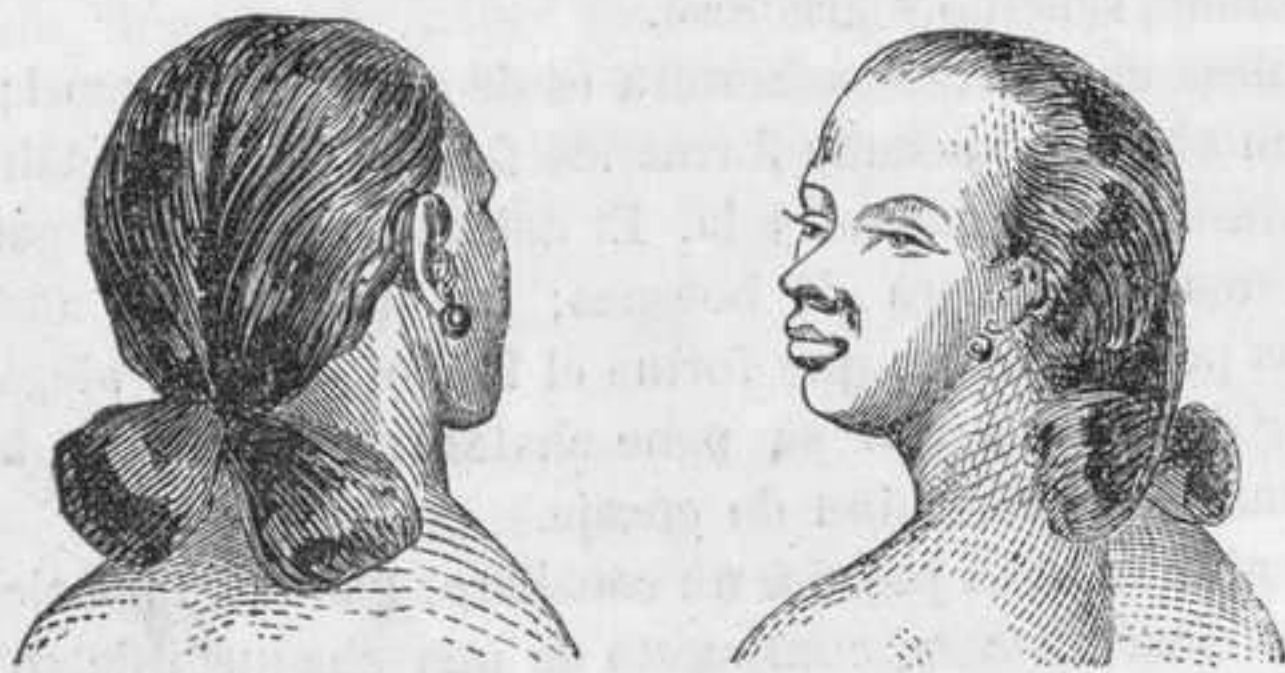
EL TOPPING, ESPECIE DE BAILE CON CARETA QUE SE EJECUTA EN JAVA.

El nombre de topping dado á este baile ó pantomima, proviene de la careta que se ponen en estas representaciones. El topping tiene un carácter histórico, pues tiende á representar los amores y hazañas de los personajes célebres en las crónicas de Java. Cada ejecutante se pone una máscara cuyos rasgos deban designar al personaje mencionado en las crónicas; nunca varían en la hechura y son de la misma forma que se ve en nuestro dibujo.

Una colección completa de estas caretas cuenta unos 1000 ó 2000 florines, y solo las poseen los jefes de Java que mandan ejecutar en grande estas representaciones por las personas de su séquito enseñadas ya para este fin.

Los estrechos límites de este artículo nos obligan á no dar aquí mas que el topping ordinario, el que se ejecuta públicamente, y el que por consecuencia se conoce

cada lado adornos del mismo metal, se ve un largo chal y varios pañuelos de colores variados; con el chal y los pañuelos acompaña sus ademanes.



Sangot, peinado de las rong-gings.

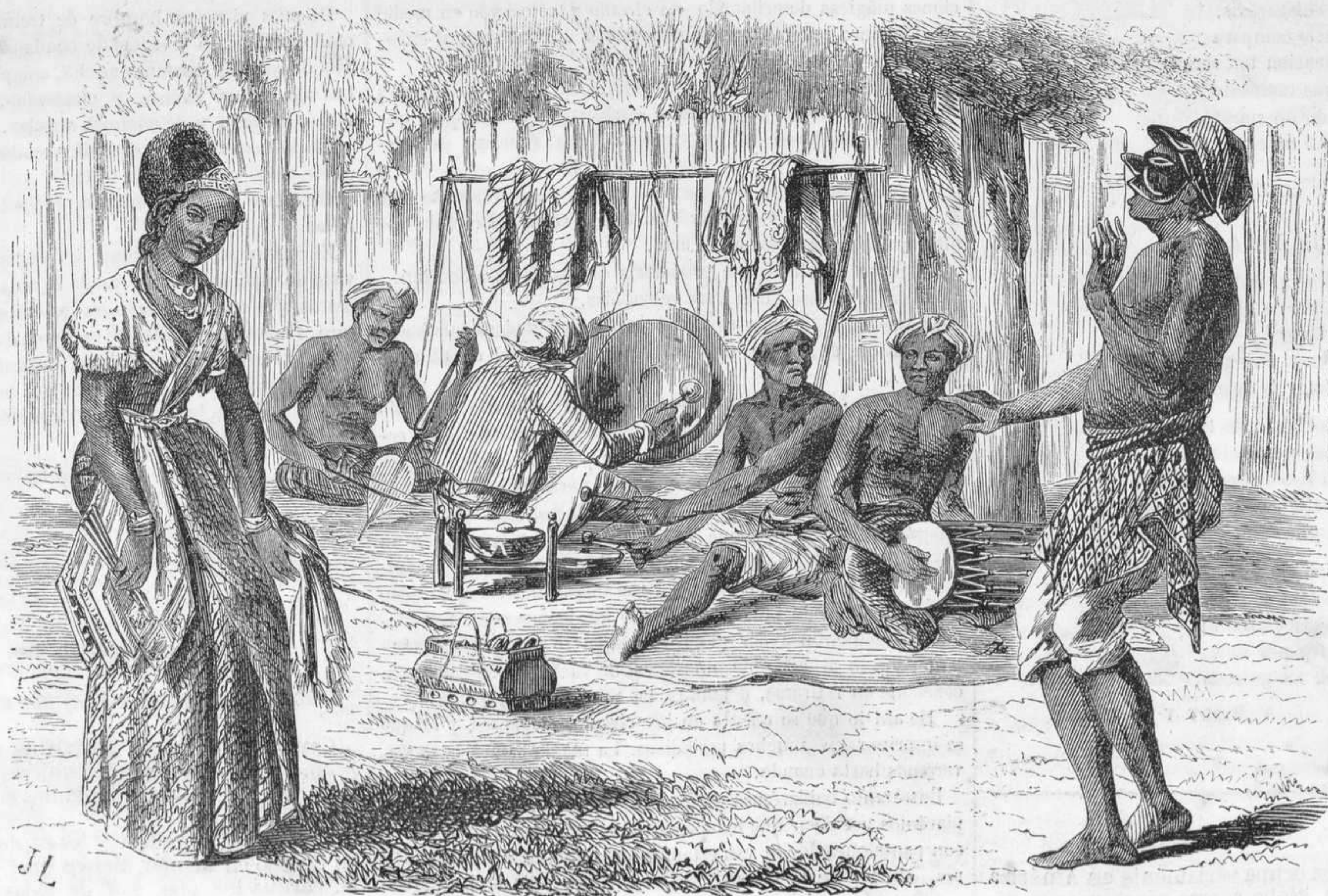


Máscaras para ejecutar el baile del topping.

laciones son gangoas y chillonas, defectos comunes de que adolecen en sus cantos todos los pueblos asiáticos. Toman siempre la voz de cabeza, aunque sin embargo el timbre natural de las mujeres de Java es naturalmente agradable.

Las rong-gings son casi siempre hermosas. El precio de cada *babakan*, ó acto compuesto de unas cinco escenas, es de un florin.

Nuestro primer grabado representa dos rong-gings, una de ellas cantando con la parte inferior del rostro cubierto como se acostumbra en Java. La orquesta que acompaña y arregla los movimientos de estas escenas mímicas, se compone principalmente de gongs y de tam-tams, así como de algunos tamboriles en los cuales pegan á contra tiempo. Uno de estos músicos toca la viola, cosa curiosa, pero la toca de un modo muy singular, pues como las cuerdas pasan por medio del arco,



El topping (baile con máscara) en Batavia.

El abanico que lleva en la mano está también destinado al mismo uso, y sirve para taparse la parte inferior de la cara cuando acompaña con cantos su pantomima.

El cestillo que se ve en medio encierra las caretas que emplean á cada escena ejecutada.

La orquesta es por lo regular ménos completa que la de las rong-gings del interior de Java, excepto cuando estas fiestas tienen lugar dentro de las habitaciones de los jefes.

En las pantomimas del género cómico los músicos suelen tomar parte en las escenas dialogadas lanzando en ciertos pasajes exclamaciones burlescas.

Terminaremos este artículo haciendo mención del peinado de algunas rong-gings, peinado gracioso y sencillo que se llama *sangot* y que muestra en todo su esplendor la magnífica cabellera de las mujeres de Java.

Presidios españoles de la costa septentrional de Africa.

La España no posee en el día sobre la costa septentrional de Africa mas que cuatro presidios, verdaderos nidos de águila, protegidos sobre todo por su situación, escalonados en la costa del Oeste al Este, y aislados completamente de la tierra firme. Cada uno de ellos corresponde á una plaza española de Europa, como si solo se hubiese querido guardar y dominar el brazo de mar que los separa. Sus nombres son los siguientes:

CEUTA, península á 23 kilómetros de Algeciras y del continente español.

El **PEÑON DE VELEZ DE LA GUMERA**, situado sobre una roca fortificada en un islote á 160 kilómetros de Málaga.

ALHUCEMAS, islote muy alto y bien fortificado á 120 kilómetros al Sur de Málaga.

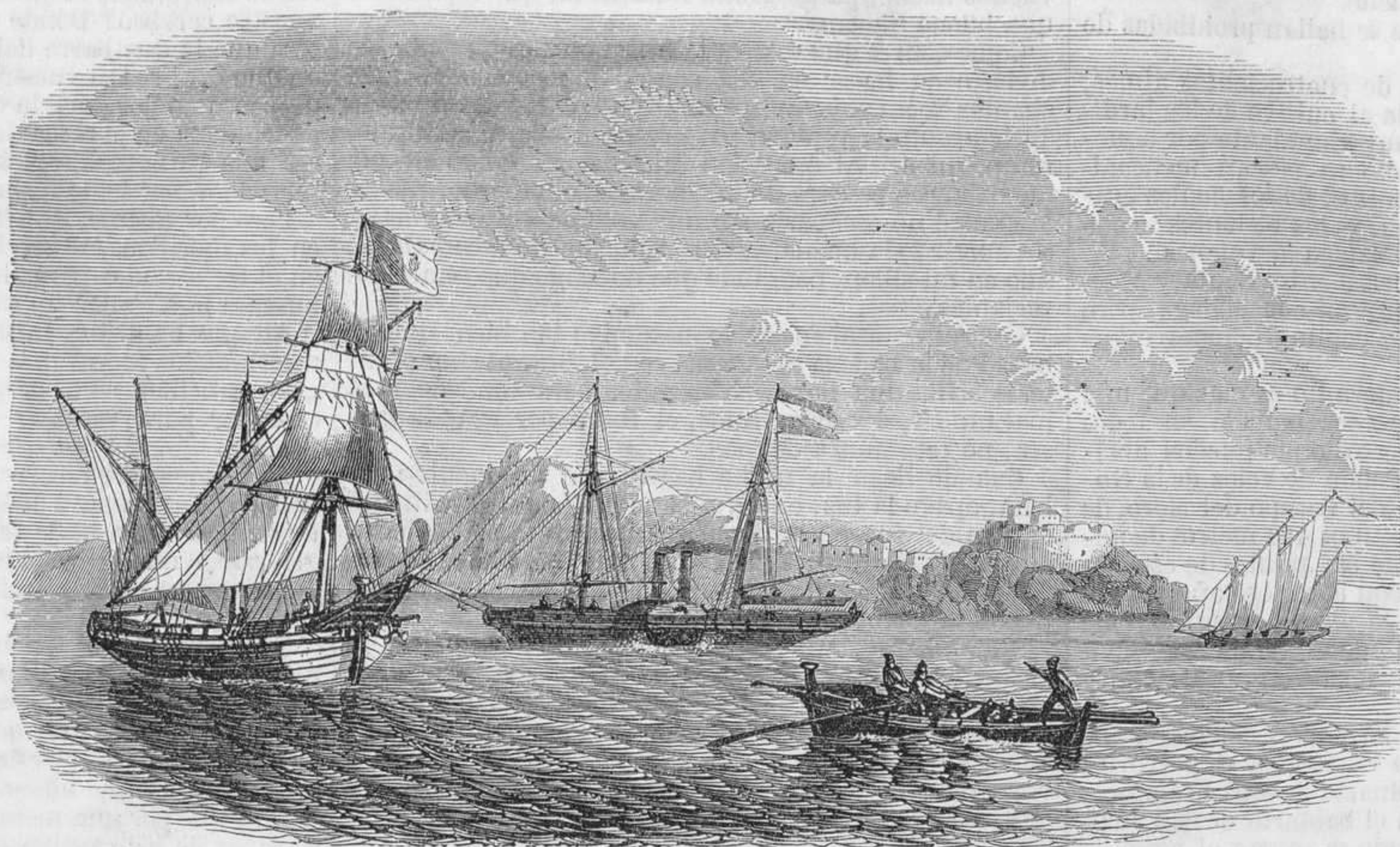
Y **MELILLA**, plaza muy bien situada y perfectamente defendida por el la-

do del continente á 120 kilómetros de Almería.

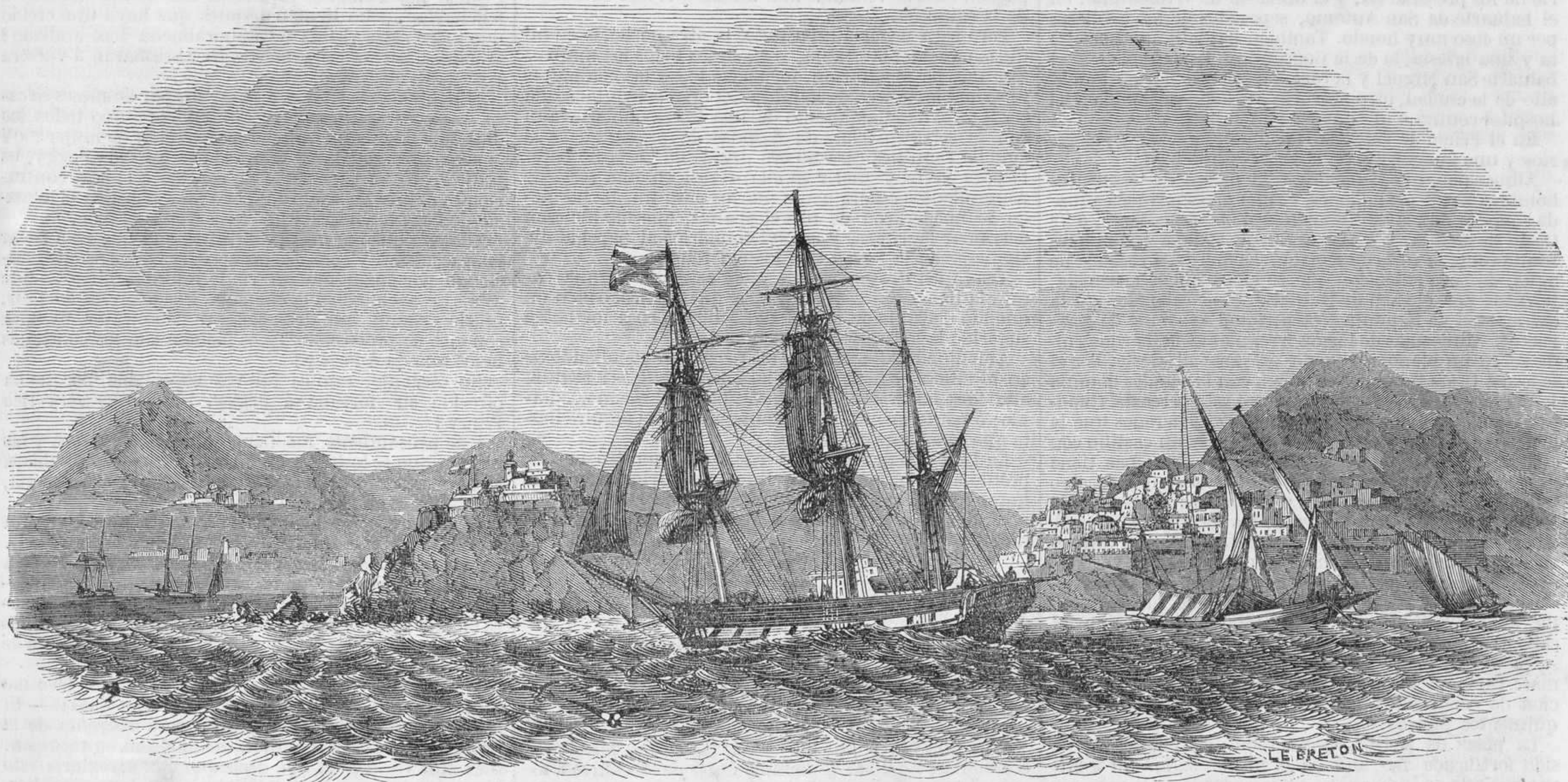
Ceuta es la antigua *septa* ó mas bien *ad Septem Fratres*. Estos siete hermanos eran los siete montes que encierra la península sobre la cual está construida la ciudad.

Ceuta representa un papel muy importante en los ocho siglos de la dominación de los árabes en España, los primeros conquistadores árabes pasaron á la península en buques de Tánger y de Ceuta. Conquistada en 1413 por los portugueses en Marruecos, quedó en poder de los españoles despues de la revolución de 1640, por la cual se separó el Portugal de la Castilla. Despues ha permanecido constantemente bajo la dominación española á pesar de todas las tentativas de los moros que en 1697 y en épocas posteriores la atacaron con fuerzas considerables.

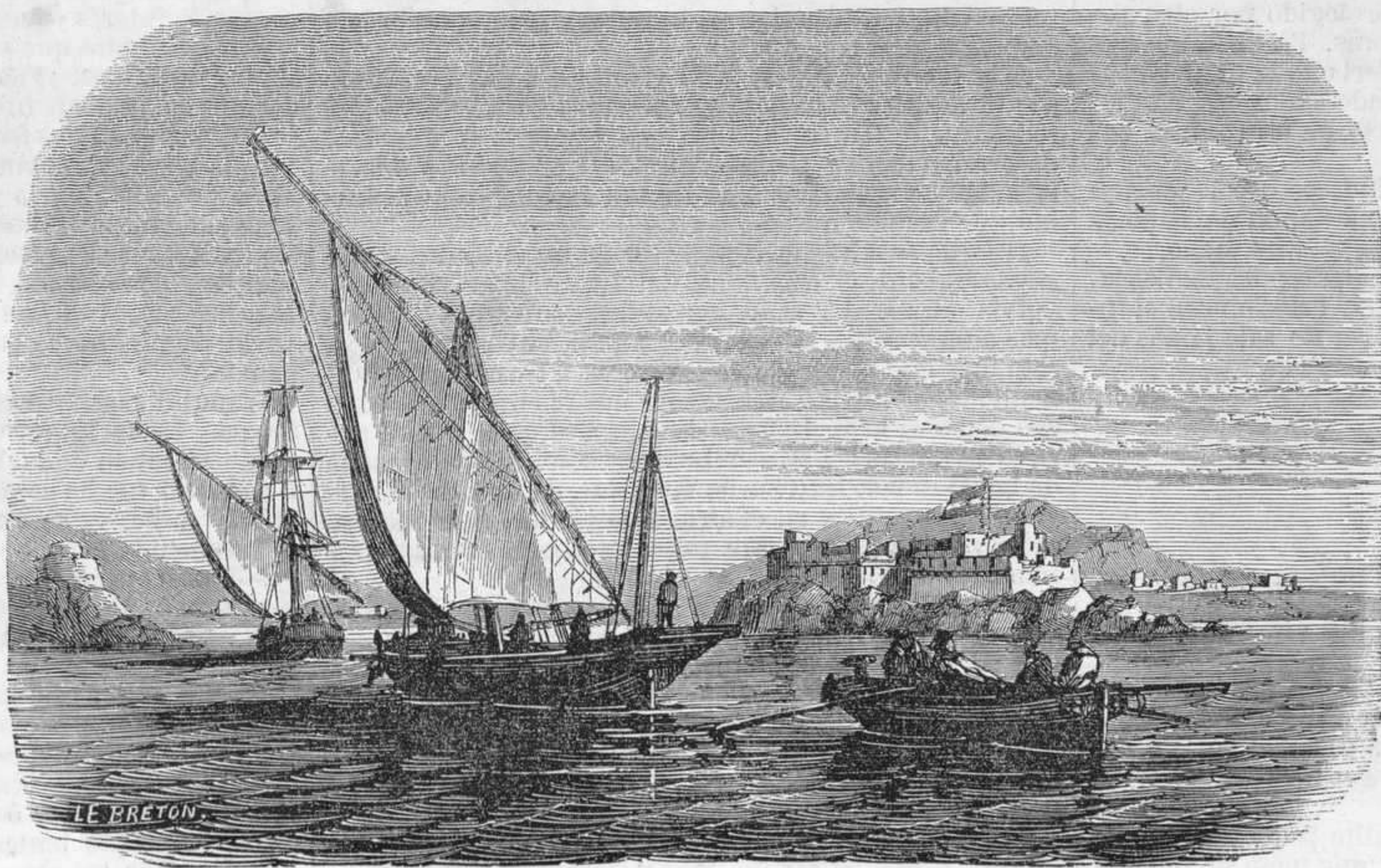
Hoy Ceuta es la capital



Presidios españoles en Africa. — Alhucemas.



Presidios españoles en Africa. — Ceuta vista desde el estrecho de Gibraltar



Presidios españoles en Africa. — Peñon de la Gumera.

del gobierno político y militar de los presidios; tiene una silla episcopal, sufragánea de la de Sevilla, con un tribunal eclesiástico y militar, una parroquia y dos conventos. El territorio en que se eleva Ceuta tiene la forma de una península que encierra como hemos dicho siete montes ó colinas. Al Oeste se termina en una llanura que la une al continente africano. La ciudad se halla rodeada de fortificaciones que se cuidan con esmero; en la cúspide de uno de los montes hay un vigia ó atalaya desde donde se descubre á lo lejos la costa, pudiéndose contar tambien allí los buques que pasan el estrecho. El puerto de Ceuta no es muy profundo y por esto es inferior al de Gibraltar. La ciudad es bonita y no carece de cierta elegancia. Sus casas, todas de un solo piso, tienen grandes balcones á la moda españo-

la, y se hallan adornadas con jardines que las dan una agradable frescura. Las paredes exteriores están siempre blancas como la nieve. El muelle y las calles tienen un empedrado de colores formando mosaico; el paseo llamado de la Reina es la reunion de los habitantes de la plaza en las hermosas noches de verano.

Ceuta tiene 3500 hombres de guarnicion y 2600 presidiarios. Seiscientos de estos últimos se hallan empleados en las casas de la ciudad, como jornaleros ó criados, y los demás trabajan en los talleres generales. Su tarea cotidiana consiste en la limpieza de la población, el cuidado de las fortificaciones y la hechura del equipo de la guarnicion.

El agua abunda en Ceuta; los aljibes públicos pueden suministrar agua durante dos años á la población; los edificios principales de la ciudad son dos hos

pitales donde caben muchos enfermos, varias iglesias, la casa del gobernador, la escuela de ingenieros y el pósito que se halla en el muelle.

Las relaciones con los moros se hallan prohibidas de un modo absoluto.

La población civil que será de cuatrocientas almas, se halla únicamente consagrada al cultivo de los jardines, y á la pesca del bonito, muy abundante por aquellos lugares. Por término medio se pescan mensualmente ciento cincuenta mil bonitos, de los cuales quinientos son para la guarnición, y los restantes se envían, salados y secos, á Cádiz, Málaga ó Valencia.

Dos veces por semana hay correo entre Ceuta y Algeciras, los demás presidios comunican con Málaga, pero los presidios entre sí no tienen comunicaciones regulares.

El Peñon de Velez de la Gamera no es mas que una fortaleza construida sobre una roca bañada en todos sentidos por la mar, con un puerto donde pueden abrigarse los buques pequeños. El Peñon de Velez de la Gamera se halla situado en frente del Campo del Moro, de donde le separa un estrecho de unos 400 metros de ancho, llamado el Redo. En una de las puntas de este estrecho se eleva un puestecillo con algunos cañones, situado en la isleta, y unido con la plaza por una especie de puente natural. La ciudad donde la gente vive amontonada, se halla construida en forma de anfiteatro, y solo se compone de dos calles.

Entrando por la puerta del Baradero, defendida por el baluarte de la Trinidad, se encuentra el polvorin, una batería de cañones y el baluarte de San Francisco, donde es depósito de armas. En el baluarte de San Juan se halla el aljibe principal donde se recoge el agua de las lluvias y la que llevan de Málaga, pues la primera no bastaría para el consumo de los habitantes. El barrio de los presidiarios, y el almacén de víveres están en el baluarte de San Antonio, separados de los astilleros por un foso muy hondo. También hay allí una plazuela y una iglesia, la de la Concepción. Después vienen el baluarte San Miguel y la casa del gobernador en lo mas alto de la ciudad, otro polvorin á prueba de bomba y el hospital contiguo al baluarte San Julian.

En el Peñon de Velez de la Gamera hay cien presidiarios y una guarnición de doscientos hombres.

Alhucemas, que tiene una guarnición de trescientos hombres y cien presidiarios, es una plaza pequeña situada sobre la mar á 28 kilómetros de la precedente, á 72 Oeste de Melilla, y á 120 al Sur de Málaga que la hace frente sobre la costa de España. Es una roca rodeada de agua, de poca extensión que se eleva en la ensenada, formada por el cabo de Quillates, y el cabo Moro, á la extremidad de la punta septentrional del reino de Marruecos. Alhucemas de forma irregular se halla construida sobre un plano inclinado del Este al Oeste. Por el lado del Oeste tiene dos baterías, con las cuales domina la playa y las campiñas próximas hasta cerca del Oud-Nazor; al Sur tiene tres baluartes atrincherados que la defienden. En el interior de la plaza hay un castillo con cuatro torreones de forma cilíndrica. Alhucemas tiene dos puertas, la principal es la que llaman del Socorro y al Sur tiene un surgidero para los buques correos de España. El agua para el uso de los habitantes, recogida en parte de las lluvias, y llevada de fuera, se conserva en un aljibe de construcción antigua, donde adquiere en pocos días las mejores calidades del agua potable.

El cuarto y último presidio español de Africa, Melilla, es una antigua ciudad (Rusadir) situada al Sur del cabo Tres Horcas, casi en frente de Almería. Dicen que su nombre proviene de la miel que se coge en sus cercanías. Tiene un coronel por gobernador, y una guarnición de ochocientos hombres, y pueden entrar en ella quinientos presidiarios.

La plaza de Melilla considerada inexpugnable, ha sido fortificada mas aun en el último siglo. Su frente por el Norte es inaccesible, tan escarpada es la roca por aquel lado. Un parapeto de tres pies de grueso, defendido en medio por un torreón, la protege al Este, y el ángulo del Sur se halla tambien protegido por otro parapeto cilíndrico, llamado las Cabras. En el frente que presenta hacia el Oeste, está la puerta de la plaza con el torreón de Santiago. Por este lado comunica con las fortificaciones exteriores á beneficio de un camino cubierto.

El clima de Melilla es muy cálido, pero por fortuna el agua no escasea. Al alcance del cañon de la plaza por el Sur, hay un puertecillo para buques menores.

Melilla que es el presidio principal, despues de Ceuta, se halla como los otros, sin ninguna relacion con el interior de Marruecos, y su guarnición no sale jamás del estrecho recinto en que se halla encerrada.

Delante de mi fuego.

¿Ó HARÉ BIEN EN CASARME? POR ISAAC MARVEL.

Tengo en el campo una granja pequeña y tranquila, una modesta propiedad arrendada á un buen hombre, chapado á la antigua, donde voy á pasar algunas veces un par de días del invierno para ajustar cuentas y ver como está el ganado.

Junto á la entrada hay una salita pequeña con una graciosa chimenea, dos sillones y una mesa de madera pulimentada con piés de león esculpidos. Pegada á ella

hay un gabinete justo para contener una cama, en que yo duermo, y me despierto por la mañana con los ojos vueltos hacia una litografía iluminada, que representa una buena aldeana.

Como ocurre que esta es la única casa que poseo, me divierto en hacer en ella cuanto me acomoda. Casi cuantas veces voy, rompo algun mueble, y si no puedo abrir pronto la ventana para respirar el aire matutino, rompo un cristal ó dos con mi bota. El sillón en que me balanceo penetra de tal suerte en el tabique, que en la ciudad no escaparía sin una nota de desperfectos, y sin afligir toda buena casera. Aquí me rio á carcajadas solo en mi sillón, pensando que no tengo que temer semejantes cosas.

Con respecto al fuego, lo mantengo tan bien, que la mitad de la bodega se calienta con él. Durante horas enteras brilla una llama chispeante, pero con ventanas mal unidas, ó vidrios rotos, el fuego por grande que sea, no está nunca de mas.

Cuando llega la noche hago traer un monton de leña, apago la luz, en seguida adelantando mi sillón á la boca del fuego, con los piés sobre los morillos hasta que no puedo soportar el calor, paso una noche de meditación quietud, tal como pocos semejantes míos tienen la fortuna de conocer.

Sin embargo, aunque nos separa una chimenea de piedra y un largo corredor, oigo algunas veces al colono y su mujer que procuran dormir á sus dos niños. Esto les lleva comunmente una hora: yo lo sé bien, aunque no tengo otro cronómetro que el fuego: jamás llevo reloj al campo. A las diez mi provision de leña está casi gastada; recojo la que me queda, y la miro encenderse, llamar, apagarse, — ¡como nuestras alegrías! — En fin, con la luz de las brasas me meto en la cama, y me entrego á un profundo sueño, que solo pueden ofrecer ventanas mal unidas y el aire saludable de la campiña.

Pero para llegar á mi asunto, la otra noche, — en mi última visita á la granja, — agotados todos los motivos comunes de meditación, formadas todas las conjeturas imaginables acerca de la renta del año, proyectada una cerca y el descajamiento de una tierra cubierta aun con la selva patriarcal; despues de preguntarme si aquella raquítica casa no era una jaula bastante bonita para vivir y morir en ella, — casi en una serie de pensamientos enteramente nuevos para mí. De tal modo se apoderaron de mis simpatías, que me hicieron derramar lágrimas, y resolví confiarlos al papel al día siguiente en la forma que los recordase.

Tengo veinte y seis años y soy celibato. Alguna cosa... la llama quizá del hogar semidoméstico, ó bien un quejido del niño de mi colono... alguna cosa me habia sugerido la idea del... matrimonio.

Amontoné los restos de mi fuego, y extendiéndome en el sillón: Ahora, me dije, no retrocederé; seguiré esta idea hasta donde me lleve, hasta el mismo... diablo; ó por lo ménos, añadí calmándome, la seguiré hasta que se apague mi lumbre.

La leña estaba un poco verde, y no mostró por de pronto aire de encenderse. Humeaba furiosamente. El humo, pensé, precede siempre á la llama; como la duda precede á la determinación. Aquí comenzó mi pensamiento.

I.

EL HUMO ES LA DUDA.

¿Una mujer? — ¡Sí, pensé, una mujer!

¿Y porqué?

¿Porqué? yo se lo pregunto á Vd., caballero, ¿se admiraría Vd. de ese porqué?

¿Porqué no dudar? ¿porqué no temblar?

¿Un hombre pobre que va á poner á la lotería sus economías, no duda y tiembla ántes de decidirse á tomar el billete?

¿Puede un hombre arriesgar su posición de celibato, su independencia y su felicidad en el juego de dados de un matrimonio absorbente, inmutable, sin temblar á la presencia de este riesgo?

¿Un hombre libre toda su vida, sin haber tropezado con obstáculos ni trabas, se encerrará en las cuatro paredes que se llaman la casa matrimonial, y que han de arrebatarse su tiempo, ofrecerle cuidados y lágrimas, sin abandonarse á dudas tan ásperas como el humo que despiden mi leña verde?

¿El que solo ha sido espectador de los cuidados y negocios ajenos, el que huía del lugar de la tristeza, y volvía el día del gozo, arrostrará contento estas mismas amarguras y atenciones? Aquel, cuya vida no ha sido mas que una serie de evasiones á través de mil dificultades pequeñas, entrará sin dudar en ese matrimonio donde si lo asedian las dificultades, ¿no le será posible evitarlas? ¿Mi cerebro perezoso, nunca cansado de la ociosidad, nutrido de fantasías, de sublimes y gigantescos castillos en el aire, soñando dichas sin fin, se aplicará á un trabajo tan penoso como el de mantener una mujer y los niños que vengan detrás?

¿A dónde irán á parar mis sueños dorados, los sueños que encendían mi corazón y deslumbraban mis ojos? Este mismo matrimonio rodeado de felicidad por una imaginación caprichosa, no podrá darle pábulo en lo sucesivo; ¡ay! todo desaparecerá ante una triste realidad; ¡adiós los intrépidos extravíos de la mente, la creación de espléndidos reinos! — No, todo desaparecerá.

¿Porqué no seguiré yo esta serie de ideas? me pregunté.

¿Es posible encontrar una mujer mas bonita que la

que nos representa la imaginación despues de una buena comida? ¿Hay niños ménos revoltosos que esos seres de sonrosadas mejillas que solo existen en el foco de vuestro cerebro? ¿Dónde encontrar una mujer mas casera que la que barre delicadamente las telas de araña en que se enredan vuestros sueños? ¿Dónde hallar una dispensa mejor surtida que la que se crea una cabeza adormilada en el respaldo mullido de un sillón? ¿Buscad una bolsa mas repleta que la que os imagináis despues de haber leído á Manhausen ó á Typeo!

Pero por último, si debe de ser así... Apoyé mis piés en los morillos, me arrellané en el sillón y fijé los ojos en el techo como para decir: ¿En qué parte del globo buscará una mujer un pobre diablo?

Alguno ha dicho, Littbton, ó Schaffesbury, que «los matrimonios serian mas felices si los arreglara todos el gran canceller.» Por desgracia no tenemos aquí gran canceller para verificar esta conmutación de nuestra miseria.

¿Será menester recorrer el país en un mulo, como Gil Blas de Santillana, ó dirigirse á alguna providencia interventora como la de la señora Saint-Marc, que arregla, por lo que he visto en un periódico, estos negocios mediante un cinco por ciento de la fortuna de los contrayentes?

Yo he pescado la trucha en río seco, la liebre al mediodía, sin desesperar jamás, sin dudar jamás, pero un pobre cazador que debe sin lazos ni reclamos recorrer el mundo, en donde hormigean algunos trescientos millones por lo ménos de mujeres casaderas, — pero un pobre cazador que busca una que no ha de poder cambiar, y que por una metonimia no inserta en los libros, es capaz de ser cautivo en vez de prendedor, — ¡ciertamente bien tiene por qué encogerse de hombros!

¡Y en seguida esos malditos parientes de la mujer! ¿Quién sabrá cuántos primos de todo grado vendrán á felicitarla mucho tiempo despues que haya uno creído que todas estas visitas de enhorabuena han acabado? ¿Cuántos hermanos importunos abrumarán á vuestra Peggy con sus consejos?

¿Cuántas tías vendrán á pasar un par de meses en casa de su querida Peggy, preguntándole á uno todos los días, si «no es aquel un verdadero amor de mujer?» Y el suegro, cogiendo la mano de su querida Peggy, os pedirá permiso para darle un consejo que será contrario al vuestro. La suegra meterá las narices en el armario de Peggy, y querrá tener las llaves de todo.

Todavía quedan quizá sobrinitos que vengán á pasar las vacaciones y comerse las conservas de Oriente, haciendo por añadidura un ruido infernal mientras que estais despachando á la clientela. Por fin, y es lo peor, mi tío gruñon, que tiene siempre frío ó calor, os mira con aire de protección, ¡y os fastidia con los continuos besos que da á Peggy!

No obstante, esto es tal vez soportable, porque ha ofrecido su fortuna á Peggy. ¡Entonces será rica Peggy!

Este pensamiento me hizo restregar las manos, y las piernas que se tostaban en los morillos. — Ella hablará siempre de su fortuna: y recomendándoos la economía, se comprará chalets de la India.

Al almorzar leerá las cotizaciones, y dirá á vuestra clientela que está interesada en tal ó cual especulación.

En cambio, guardará profundo silencio, cuando diga Vd. á un proveedor que no tiene Vd. encima dinero para pagarle su cuenta. En una palabra, ¡ella os arrancará cuanto vida tengáis, y os hará pagar en humillaciones, contrariedades y disgustos la superlativa locura de haberos casado con un «buen partido!»

¡Pues bien! ¡casos con una pobre! — Esta idea me hizo atizar los carbones, pero no dieron llama. — El miserable producto de la clientela será la renta de la casa; los pedidos de dinero de las modistas os abrumarán. Diez mil veces se la oye decir que ella arreglaría esto bien si pudiera solamente disponer de algunos medios. Ella está segura de que Pablo (aquí un besito zalamero) no puede negar á su Peggy una cantidad pequeña para gastos de interés comun.

Ella no quiere que sus hijos vayan vestidos como los de los mendigos. ¡Fíalos en una madre pobre para dar buenos trajes á sus hijos!

Tal vez Peggy es fea; al principio no lo observasteis, y cada vez se va notando mas. Os admiráis de no haber visto ántes su nariz ordinaria: os extraña el haber juzgado bonita su boca. Baja despeinada á almorzar, y no osáis decir: «¡Arregla tu pelo, Peggy!» Su pié está regular, bien calzado, ¡pero en casa lleva unas horribles babuchas! ¡Y con todo esto estar en brasas por espacio de una hora, cuando viene á comer su antiguo camarada!

Tranquilizaos, amigos míos, exclamé, metiendo las tenazas en la lumbre, y con voz tan fuerte, como si desde el fondo de la Virginia debiera oírse en París, «¡aun no me he casado!»

Tal vez Peggy es bastante bonita, pero su genio no es recomendable.

— Tanto peor, si el café está frío, haberse levantado mas temprano.

— ¡Qué costillas tan tristes y tan flacas va uno á comer!

— Ella opina que son excelentes, y se admira del mal ejemplo que dáis á los hijos.

La manteca da náuseas.

— Ella no tiene otra, y confía en que no arme Vd. una gresca por si es ó no rancia.

Me contemplo tentado humildemente á la mesa, sin osar levantar los ojos, por la riña de la vispera, esforzándome en comer un frito quemado, deslizándome al

concluir la comida del cuarto, con el sombrero en la mano, y no creyéndome hombre hasta que la puerta me separa de Peggy.

— ¡Ah! «¡pero todavía no estamos ahí!» dije, y con un tono tan serio, que mi perro se removió, levantó los ojos para verme, y á mi aire de triunfo respondió meneando la cola amistosamente, y enroscándose de nuevo.

Supongamos que Peggy es bastante rica, bonita y dulce; pero no se ocupa nada de Vd. Se ha casado porque su padre ó su madre ha juzgado conveniente el partido, y no ha querido disgustarlos. No lo detestaba á Vd. precisamente, le parecía Vd. bien, y así se lo ha dicho á Vd. algunas veces comiendo. Le extraña que guste Vd. de la poesía, y desea que le compre Vd. un buen libro de cocina. Al nacer el primer hijo, insiste en que haga Vd. testamento.

Tal capitán le parece un hombre soberbio, y quisiera que cuidara Vd. un poco el traje para salvar las apariencias.

No se dé Vd. prisa á dejar el despacho por la noche; la mujer no se fastidia de estar sola. Le lee Vd. una historia amorosa, y lo interrumpe en lo más interesante para hacer observaciones á la costurera. Lee la lista de los matrimonios, suspira, y pregunta si el capitán fulano ha dejado la ciudad, detesta el vivir entre cuatro paredes; le gustan tanto las aguas.

Calculemos que Peggy os ama; á lo ménos lo jura con la mano puesta en *Werther*. Con una parte de su dinero para gastos menudos, se ha suscrito á dos periódicos literarios. Es bastante graciosa, pero tiene demasiada frente, no es sucia, á ménos que no se llame así el no vestirse hasta las tres, y tener los dedos manchados de tinta; pero ¡ay! ¡Peggy es una sabidilla!

Cuando la veiais sumergida en la lectura de una novela en tres gruesos volúmenes, creiais que era un capricho de niña; y cuando estaba en latín, que tenía una excelente memoria.

Pero verse aserrado eternamente con el divino Dante, ó el singular Goldoni, es intolerable. Vuestro ejemplar del Tasso, tesoro impreso en 1680, está grasiento, lleno de dobleces y manchado de caldo. Vuestro Séneca, un Elzevir, está sucio á puro de manejarlo. Peggy adora á La Fontaine, lee á Balzac, y no rechaza el griego.

Al almorzar, habláis de insomnio y dolor de cabeza, ella os recita un fragmento de la Antología, en vez de daros el alcanfor, ú os canta el *ai ai ai ai* del coro trágico.

La niñera va á comer, Vd. tiene el niño, y Peggy lee á La Bruyere.

Mi leña humeaba como asfalto, é inundaba la habitación con bocanadas de humo. Con la idea de Peggy, del niño y de La Bruyere, dí una patada al tizon más cercano.

De repente la llama se elevó azulada á través del humo, prendió una rama, serpenteó chispeando, subió, iluminó el humo denso, y brilló clara y alegre. Con el humo se desvaneció la duda; con la llama comenzó la esperanza.

II.

LA LLAMA ES LA ALEGRIA.

Empujé hácia atrás mi sillón, acerqué otro, en el que estendi cómodamente mis piés, apoyé mis codos en los brazos del sillón, mi cabeza en una mano, y miré fijamente la revoltosa y chispeante llama.

El amor es una llama; ¡y cuánto alegre la llama la morada del hombre! pensé echando una ojeada al alrededor de mi cuarto.

— ¡Carlo! grité, llamando á mi perro, ¡buen Carlo! Lo acaricié, él meneó la cola, puso su hocico sobre mi rodilla y me miró atentamente, despues se alejó, y se volvió á enroscar como ántes.

— ¡Caramba! ¡no es bastante un perro para amar!

Si en este sillón, no el que tiene mis piernas, sino en este otro que está tan próximo, estuviera sentada una jóven de aspecto risueño, con un cuellecito de blonda en torno de su garganta, con su cabellera partida sobre una frente tan hermosa como vuestros ensueños; si pudierais pasar el brazo por detrás del sillón sin temor de ofenderla, y esconder vuestros dedos entre los rizos que caen sobre su espalda; si pudierais estrechar con vuestra mano sus delicados dedos, y en esta situación hablar á media voz delante del fuego, dejando trascorrir así dulcemente las horas mientras el viento sopla sin ser apercibidos; en una palabra, si fuerais el marido de esa dulce imagen, — ó por mejor decir de ese sueño, — ¿no sería más agradable que permanecer solitario en la noche fría, contando los tizones, el tiempo que les cuesta quemarse, y el espesor de la nieve que cae?

¿Y si pudierais confiar á oídos amigos, que no se cansan de escucharos porque os aman, si pudierais confiarles todas ó algunas de las ideas que cruzan por vuestra imaginación; si vuestros sombríos pensamientos dejasen lugar á otros tan alegres como este fuego, y la graciosa sonrisa de esa boca encantadora; ¿cuánto más no valdría eso que agriarse y ennegrecerse la mente con el humor de la soledad? — porque hasta vuestro perro está dormido.

Y si cuando os ocurre un pensamiento brillante pudieseis comunicarlo á esa querida criatura, — vuestro alterego, — que está junto á vos, porque os ama; si pudieseis ver penetrar en su imaginación de niña ese pensamiento, iluminar con él su frente bella, resplandecer en sus ojos; ¿cuánto mejor sería, que no dejarlo dormirse, languidecer y apagarse en vuestra egoísta mente? Y cuando se apodera de vos una emoción generosa,

¿no sería más hermoso prodigarla en tiernas palabras y caricias á esa criatura querida, que el pasar la mano por el luciente vestido de vuestro perro, ó caer solitario en un sueño seductor?

¿Cómo maduraria la bondad con tal maestro para todos los días! ¿cómo desaparecería el egoísmo junto á ese objeto amado! ¿cómo se disiparía toda doblez ante esa frente de niña, y esa mirada inocente! ¿cuán pronto renacería de entre sus cenizas vuestra generosidad, vuestro entusiasmo y vuestra vida!

El fuego se animaba, y yo me retiré hácia el centro del salón. Las sombras que debían su existencia á la llama, jugaban fantásticamente en el pavimento, las paredes y el techo.

¿Mi pensamiento sería más activo, me dije, si tuviese á mi lado semejante criatura. Mi imaginación sería más poderosa y más pura si pudiese deleitarse con las ideas caprichosas que surgen de la mujer en su aurora. El trabajo de la inteligencia se vería libre de toda fatiga, si se confundiese otra alma con la mía, la vivificase, la encendiese y pidiera todos los días para ella la protección divina!

El dulce rostro de mi mujer produciría una auréola tan resplandeciente como el iris al rededor de todas las cosas desagradables, que nosotros almas aisladas, llamamos *fastidios*. Su sonrisa iluminaría nuestros más tristes cuidados. Y estas tinieblas que os sujetan días enteros á vuestro sillón, haciéndoos tramar ideas amargas, soñar melancólicamente, se desvanecerían muy pronto, aventadas por una graciosa sonrisa.

¿Vuestro amigo muere! ¿Qué importa? ¿el estrecho abrazo de vuestra mujer, que os suplica que no lloréis, no vale diez amigos?

¿Vuestra hermana ha muerto, ha sido enterrada! Los gusanos van á devorar su belleza. ¿Y la tierra solo os parece un cementerio?

Pero la tierra es algo mejor que eso. Vuestra mujer os dice que ella será vuestra hermana, sus rizos ondulantes rozan vuestra mejilla, en tanto que ella se apoya en vuestro hombro, y vuestros ojos húmedos se vuelven á buscar los suyos. ¡Seguramente, Dios os ha enviado su ángel consolador!

¡Ay! vuestra madre no existe. ¿Hay dolor semejante á este para un jóven solo y abandonado?

Pero no estais abandonado; no estais solo. Vuestra mujer está presente; sus lágrimas borran la amargura de las vuestras, su sonrisa despierta la vuestra, su dolor mata el vuestro, y renacéis á la vida para apaciguar su dolor amistoso.

Y despues esos niños de faz sonrosada y cabellera blonda. ¡Ah! su locuacidad no os importuna; ¡son vuestros hijos! ¡corred, triscad por la pradera, y que se tronchen los jacintos, las rosas y las violetas, poco importa! ¡vuestro aliento vale más que el perfume de todas las flores del mundo! ¡vosotros no necesitais las flores del campo, flores, árboles, todo eso tiene poca vida; vuestra alma encierra más en su seno!

Y la madre, más bella y más querida que todo, ¡con qué cuidado vela por ellos, cómo los ama y cómo los acaricia! de tal suerte, que vuestro corazón se oprime con tiernos celos, y solo se cura redoblando su amor.

No necesitais leer sermones que os exciten la gratitud; vuestro corazón rebosa en ella. No necesitais el aspecto de la entreabierta flor de los árboles que reverdecen, para levantar vuestro pensamiento hasta el autor de todo lo criado; porque á vuestro lado tenéis siempre la flor y el fruto; y vuestros ojos, vuestro corazón y vuestra alma están llenos de reconocimiento infinito, imposible de explicar con la intensidad con que lo sentís.

Si caéis enfermo, y el dolor os encierra en vuestro lecho, no estais solo para gemir y quejaros de la negligencia de los enfermeros. Junto á vosotros ois un paso distinto por más que no haga ruido. Vuestras cortinas se abren ó se cierran con la magia de su presencia; una mano dulce y fresca descansa en vuestra ardorosa frente.

No poseéis solo los consuelos del amigo, fugitivos como meteoros, sino que veis sin cesar la frente de aquella que os causaría vuestro mayor dolor con el menor de sus disgustos, si no hubiera una alegría aun más grande.

La llama subía alta y brillante, y la leña caía deshecha por el calor creciente.

— Así, continué, este corazón sería siempre el mismo; en vez de adherirse como ahora á todas las cosas groseras, lucharía noblemente contra ellas. El amor le devolvería su primitiva energía. Los pesares de la tierra desaparecerían como el humo. Los goces se multiplicarían, la sensibilidad sería más exquisita. El amor vencería al egoísmo, y despues la victoria se lanzaría hácia lo infinito.

Y si llegaba el fin, si la enfermedad acarrea su terrible compañera, entónces, ese amor enseñaría á vuestra alma fatigada otro amor que consuela, que triunfa, que rodea todas las cosas, y se concentra en ellas el amor infinito y divino.

Una mano amiga — ¿cual otra sino la de vuestra mujer? — compondrá vuestros cabellos en vuestra frente húmeda y helada; y sus dedos estrecharán los vuestros, cuando comiencen á contraer su rigidez mortal. Sus lágrimas, las únicas que sentiréis en vuestras mejillas, aunque corrieran otras á torrentes, — calentarán todavía vuestra faz descolorida; vuestra mirada, radiante con la alegría del triunfo, responderá por la vez postrera á su sonrisa, y despues...

Mi fuego se desplomó completamente; la llama subió por la última vez; una lengüeta azulada se apoderó de una ramita olvidada, la devoró en un instante, vaciló, y se apagó en seguida.

No quedó más que un montón de carbones encendidos, que iba cubriendo rápidamente la ceniza. Yo estaba solo, solo con mi perro.

(Se continuará.)

Agudezas de Francisco de la Torre.

DE LOS SUFRIDOS.

¡Vayan! dijo Poncio al mar,
Los sufridos sin más ver,
Y respondió su mujer:
«Marido, ¿sabes nadar?»

Y despues añade:

Aunque un sufrido al mar fuera
Para no ver más al sol,
¿Cómo es posible se hundiera?

Que nadar ha de saber
No hay duda y aun con destreza;
Buzo veloz debe ser
Porque saca la riqueza
Del fondo de su mujer.

Que nada así en sosegada
Orilla de él lo sabré,
Aunque esta es cosa asentada;
Pues á todo cuando ve
¿Qué dice el sufrido? Nada.

Nadie, pues, al que se muere
De oro y de vivir sediento
Darle muerte en agua pruebe,
Ni en uno ni otro elemento,
Porque todo se lo bebe.

Omitimos algunas quintillas de esta composición, porque se resienten del mal gusto de la época en que escribió el misterioso Francisco de la Torre, hombre de notable ingenio, como podrán juzgar nuestros lectores por el chiste siempre picante y á veces delicado que revela en sus agudezas.

Otro día dirémos algo más acerca de este poeta á quien nadie ha conocido, dando con su pseudónimo, tanto como con su talento, motivo á profundas cabilaciones y reñidas polémicas entre los literatos. Así mismo insertarémos de vez en cuando algunas de sus agudezas, descartando aquellos chistes que no convienen con la gravedad de nuestro periódico, ni con el gusto delicado de nuestra cultura actual.

Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos.

NUEVA ORLEANS.

De la Habana salí para Nueva Orleans, primer punto que visité en los Estados Unidos. Al cabo de once días de travesía, vimos una mañana á alguna distancia de nosotros una inmensa línea amarillenta como tirada á cordel, en tanto que al rededor nuestra la mar conservaba esa transparencia azulada tan notable en el golfo de Méjico. Esta línea era por decirlo así el soplo aspirante del Misisipi, que precipitándose en el golfo por sus tres embocaduras, imprime el color de sus aguas á la mar, en tanto que su corriente tiene la suficiente fuerza para invadirlas.

La entrada de este río, uno de los más grandes del mundo, tiene á la vez algo de triste y de imponente. Es una multitud de islotes, rocas, bosquecillos de árboles raquíticos, troncos y raíces que sobresalen y nadan encima de las olas. Parece aquello una tierra sumergida por las aguas; despues, á medida que se penetra en el interior, por ambos lados se extienden lenguas de tierra plantadas de cañaverales, y aun de en medio del río salen árboles cuyas copas apenas pasan el nivel del agua. A unas cuatro millas en el interior se encuentra *La Balise* que es la primera aldea de la ribera; en ella se deja al piloto. Despues de haber navegado un día entero con una brisa favorable, amarramos nuestra embarcación á los troncos de dos árboles gruesos, esperando el buque que debía remolcarnos, y que en efecto nos tomó á las doce de la noche.

Imposible es formarse una idea del singular espectáculo que ofrece esa navegación por el río que ibamos subiendo. El ruido incesante de las embarcaciones, el aspecto de las orillas llenas de casas y de selvas inmensas, el movimiento continuo de los buques, todo eso hiere la imaginación y da una idea de la grandeza de aquellos países. De todos los ríos americanos, el Misisipi es el más importante, baña comarcas ricas y fecundas; navegable en un tránsito de mil doscientas leguas, se aumenta en su marcha con otros muchos ríos, entre ellos el Misuri y el Ohio, y por último, es el camino principal de Nueva Orleans á la mar. La corriente del Misisipi es rápida, violenta y aun terrible, pues á veces destruye é inunda, pero precisamente de estos males suelen resultar grandes bienes.

El agua arrastra un barro espeso que deposita por donde pasa, y cuando se separa, este barro fecundiza la tierra. Cuando un árbol de los que van flotando por el río se detiene por un obstáculo en las orillas, se van juntando en torno suyo otros restos, el barro se amontona allí, la vejetación echa raíces, se forma un islote,

y uniéndose por una punta á la tierra firme, se va ensanchando mas y mas cada dia. Hay una parte de la Luisiana plantada hoy de cañas de azúcar, que hace cuarenta años era un pedazo de rio. El Misisipi al retirarse habia producido uno de esos fenómenos que se ha manifestado en una extension de cerca de una milla; el terreno no puede ser hoy mas firme, sólido y fecundo.

Por fin despues de una travesía de dos dias y medio, entramos en uno de esos estanques inmensos que la naturaleza pródiga practica en la mitad del rio. Todavía no distinguimos nada de Nueva Orleans, porque las tierras de la Luisiana son tan bajas, que no se distingue el punto á donde uno se dirige hasta que se toca. Apenas con ayuda del anteojo descubrimos las puntas de los palos amontonados en el puerto; despues fuimos viendo poco á poco la cúpula del palacio de *San Carlos*, ese faro de Nueva Orleans, y ya estabamos junto á las primeras casas, cuando la ciudad entera se dibujó á nuestra vista en ese magnífico medio círculo que describe

por aquel lugar el recodo gigantesco que forma el rio. El espectáculo era soberbio; los buques amarrados en los muelles, en tres, cuatro y cinco hileras, parecen prohibir la entrada; tan compacta es la masa que for-

man; la ciudad apenas se distingue por entre aquel bosque de palos.

Los americanos llaman á Nueva Orleans su *reina del Sur*, demostracion justamente aplicada, pues es la ex-

Sin embargo, en cuanto á fortunas, importancia y aspecto exterior se halla en segundo término. La segunda municipalidad data de la agregacion, de la Luisiana á los Estados Unidos, y es fruto de la repugnancia que experimentaron los antiguos colonos franceses para admitir en su seno á la raza anglo-sajona que construyó entónces al lado de la antigua ciudad, una ciudad nueva, mas hermosa y mas rica. La tercera municipalidad, de creacion reciente, es la mas pobre de las tres, y fué debida á un hombre de los mas opulentos de América, M. Bernardo Marigny, cuyo nombre en la Luisiana es tan antiguo como la fundacion de la colonia.

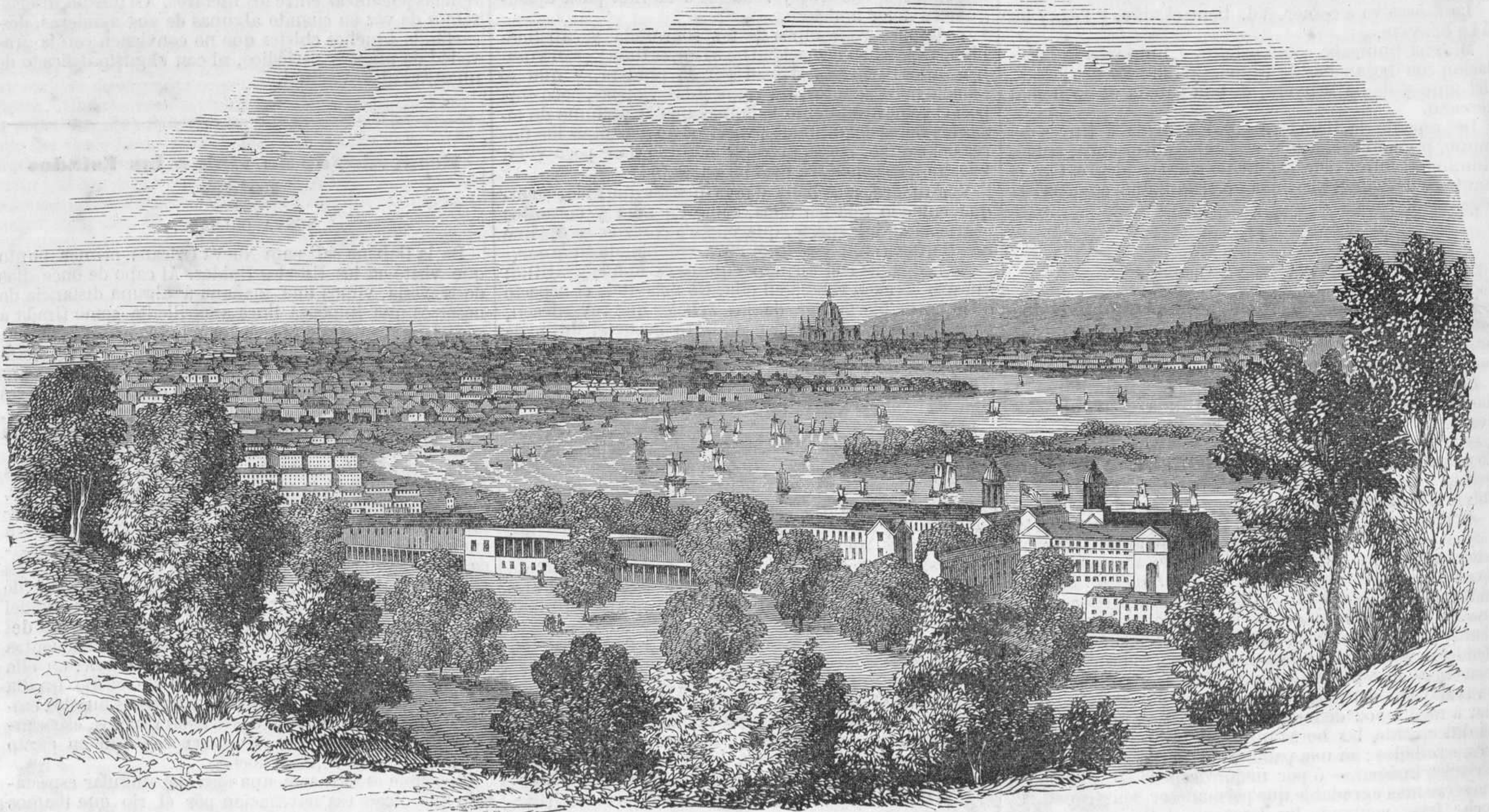
Dividida de este modo la ciudad de Nueva Orleans, considerable ya por su extension y por el número de sus habitantes, que asciende á 160,000 almas, puede extenderse mas aun sobre una superficie de cerca de dos millas, y sobre todo puede enriquecerse un dia con otra ciudad que forma como uno de sus arrabales, *La Tayette*, puertecillo libre donde se detienen todos los artículos del interior y donde van

á cargar los buques. Las dos primeras municipalidades forman un cuadro, cortado por calles anchas, espaciosas y rectas que atraviesan la ciudad de un cabo á otro, muy hermosas por sus dimensiones, pero no



Recuerdos de un viaje á los Estados-Unidos. — La Balise, aldea sobre el Misisipi.

presion poética de su preponderancia y hermosura. La ciudad primitiva, la que componen siempre los franceses, constituye numéricamente la primera de las tres municipalidades en que la poblacion se halla dividida.



Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos. — Vista de Nueva York.

por su empedrado, formado de piedrecillas desiguales y puntiagudas. A lo largo de las aceras hay anchos y profundos arroyuelos que se vuelven pequeños rios cuando sobrevienen esos aguaceros formidables que solo en la Luisiana se conocen. El terreno está húmedo por todas partes, porque el rio se halla mas elevado que la ciudad, y esto impide que se pongan buenos cimientos á las casas, que tienen todas cinco ó seis escalones en el piso bajo. Casi todos los edificios son de ladrillo; las casas son bonitas y limpias. En América las alfombras se consideran como objeto de primera necesidad, de modo que los pobres lo mismo que los ricos tienen alfombradas sus habitaciones.

En el verano estas alfombras se reemplazan con estera fina, los muebles son por lo regular de magnífica caoba; pero sus formas son pesadas y poco elegantes. El alquiler de las casas es muy subido, así como el salario que se da á los criados. Por eso es una fortuna poseer negros que se alquilan á jornal; los que tienen oficio suelen producir hasta 1000 duros anuales.

Las mejores habitaciones de Nueva Orleans se hallan en el barrio Americano, y tambien en la proximidad del rio donde se han construido últimamente hermosísimas casas destinadas particularmente á oficinas de las grandes casas de comercio, ó para almacenes.

Estas oficinas ó despachos, al contrario de los asilos

solitarios donde se retiran las familias, son un centro de agitacion á la hora de los negocios; pero por la noche se quedan en el silencio mas profundo. Los almacenes de Nueva Orleans están en las calles de San Carlos, en la calle Real y en la de Chartres, así como en una parte de la del canal. En estos sitios se hallan tambien las mejores tiendas.

Nueva Orleans no es una ciudad que pueda dar al viajero una idea exacta de América, á pesar de que el movimiento comercial que reina en ella, y los progresos que cada dia se realizan en mayor escala, dejan adivinar el genio y audacia que caracteriza á los pueblos americanos. No obstante su primera aparicion los

criollos de la Luisiana han sufrido la influencia de esa poderosa actividad que tantos beneficios reporta en aquel suelo. Aun en el día parecen exentos de fluido americano. En efecto á la primera ojeada se descubren en la ciudad dos poblaciones distintas; una de ellas francesa, que conserva aun al cabo de cuarenta y cinco años de nacionalidad americana las costumbres, los usos y la chispa francesa. Hasta la mitad de la calle del Canal, que separa la primera municipalidad de la segunda se oyó hablar francés, en tanto que por el otro lado de la misma calle este idioma es, por decirlo así, desconocido.

Estas dos poblaciones distintas que hablan dos lenguas diferentes, forman tambien dos sociedades separadas. La simpatía social no existe aun entre la raza criolla y la raza anglo-sajonia. Es aquello una mezcla de elementos diversos que forma un conjunto que, á pesar de su ausencia de virginalidad encanta y seduce.

Sin embargo, los síntomas aparentes de escision desaparecen en cuanto se examinan de cerca los intereses comunes, pues entonces se descubre que ambas sociedades se hallan estrechamente unidas.

Nueva Orleans es una ciudad digna de atención tanto por los hombres como por las cosas. El extranjero que se pasea por sus calles halla agradable ocupación durante algunos días. Se encuentran allí elegantes construcciones y bonitas plazas con árboles, como la plaza de La Fayette, la de Armas y la del Congo, que están siempre desiertas sin saber porque, sin duda porque la gente no se pasea en Nueva Orleans, y únicamente sale de casa cuando lo exigen los negocios.

En cuanto á monumentos ó edificios públicos ó industriales, citarémos la catedral gótica, antigua catedral construida en tiempos de la



Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos. — La iglesia de San Luis y la plaza de Armas.

posesion española, de la cual quedan tambien en el país bastantes recuerdos, y citarémos tambien los dos edificios que tiene al lado uno de ellos para los tribunales, y el otro destinado á casa de ayuntamiento. El *Water-Works* (palacio del agua), el establecimiento del gas, las prensas del algodón y la Casa de la moneda son edificios que demuestran el espíritu altamente emprendedor de los americanos.

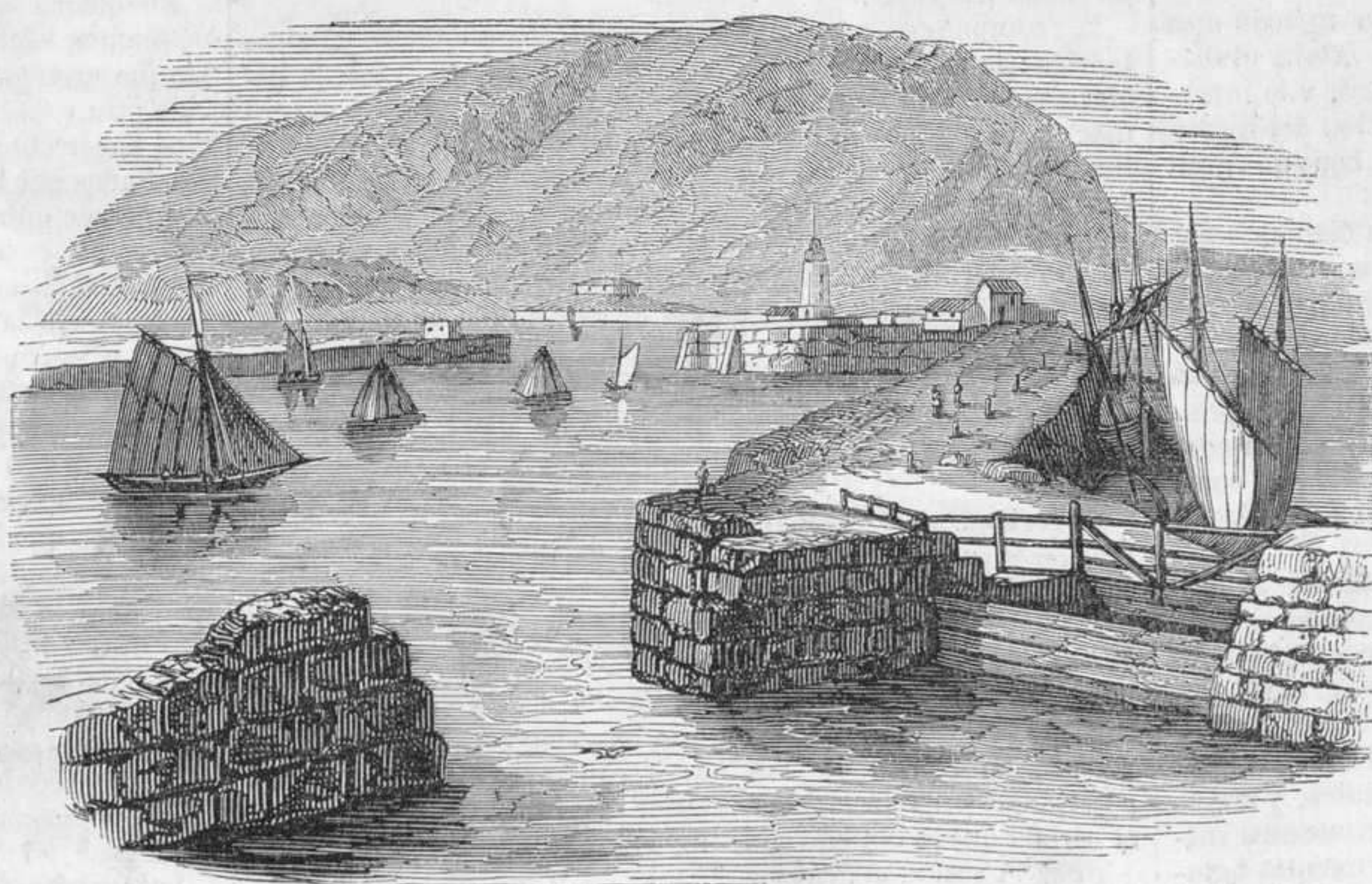
En Nueva Orleans abundan las diversiones; fiestas, teatros, conciertos, placeres artísticos, nada falta. Sobre todo los bailes de máscara son muy brillantes, y esto se explica por las gracias y hermosura de que están dotadas las mujeres de la Luisiana, que unen á esos encantos físicos todas las cualidades del alma y del corazón; son generosas y grandes. En ninguna parte se puede hallar una hospitalidad mas franca y cordial que en la Luisiana; los hombres y las mujeres reciben al forastero con un agrado y atenciones que nunca se olvidan.

En esa ciudad se hallan tambien todos los elementos que constituyen un país fuerte y lleno de porvenir. El puerto á 45 millas de la mar, es, á pesar de los inconvenientes de esta situación, superior al de Nueva York, aun bajo el punto de vista del comercio de exportación, porque sirve como de depósito á todos los productos del interior y del Oeste de la Union americana. Anualmente entran en él mas de dos mil embarcaciones así como unos nuevecientos *steamboats* que llegan de todas partes.

La posición lejana del mar era uno de esos obstáculos que vencen los americanos fácilmente. No se ha hecho mas que establecer un camino de hierro hasta el golfo de Méjico, obra gigantesca emprendida por hombres inteligentes y poderosos que puede cambiar el porvenir de la población; bástenos decir que en vez de consagrar



Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos. — El arrecife en Nueva Orleans.



Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos. — El muelle del lago Pontchartrain

dos días y medio á lo ménos para subir el río, un buque, desde la embocadura podrá enviar ó recibir su cargamento en cinco ó seis horas.

Lo que me ha llamado mucho la atención en la Luisiana, así como en todo el territorio de los Estados Unidos, ha sido la ausencia completa de toda policía, excepto los *watchmen*, cuyo número es bastante crecido, institución tanto mas necesaria cuanto que no solo tienen por misión perseguir á los rateros nocturnos, sino que vigilan para evitar incendios, desgracia harto frecuente en Nueva Orleans. Esta ausencia aparente de policía ha falseado en los Estados del Sur y del Oeste el sentimiento legal hasta el punto de hacer creer á los ciudadanos que la justicia es impotente, por cuyo motivo se la toman por sí mismos. Un hombre insultado ó que se cree insultado en mitad de una calle, delante de cien testigos, pega á su adversario una puñalada ó un pistoletazo, sin que á nadie se le ocurra prenderle. Además la justicia no es muy severa en estos casos que

llaman de legítima defensa, y que ocurren por desgracia bastante á menudo entre la población bastarda que allí se abriga.

Los alrededores de Nueva Orleans rivalizan en hermosura con la ciudad. En el verano no puede darse cosa mas bonita que la bahía de San Luis, Pascagoula y Menville, puntos de recreo admirablemente situados al borde de los lagos. La distancia no es un impedimento para aquellas gentes, con tal de que encuentren después un baile en premio de su paciencia. Por eso van hasta el jardín de Carrolton, situado á cuatro ó cinco leguas de la ciudad donde se baila alegremente. Uno de los mejores paseos de este género es el del lago Pontchartrain al que se llega por tres caminos diferentes, dos de ellos para los carruajes. Una especie de muelle se adelanta sobre el lago donde se va á pescar y á disfrutar del hermoso espectáculo de aquella sábana de agua vasta como la mar, y en cuyo horizonte se deslizan como fantasmas las velas de algun buquecillo ó el humo

de un vapor. El tercer camino es el del *rail road*, que conduce á una aldea á orillas del lago, donde existe una buena fonda. Allí andan en tumulto los habitantes de Nueva Orleans deseosos de descansar un rato de su vida atareada y laboriosa.

L. X. E.

Boletín científico.

Diamante. — Historia de los trabajos que han dado á conocer su naturaleza. Teoría de su producción artificial. — Tentativas que para ello se han hecho. — Despretz consigue cristalizar el carbono.

..... *Ce Newton qui des mondes
Dirigea dans les cieux les sphères vagabondes,
Jetant un œil perçant dans l'avenir lointain,
Devina son essence et prédit son destin.*

J. DELILLE.

Uno de los descubrimientos que mas interesarán al público en general, y que sin embargo ni en sí mismo tiene nada de extraordinario, ni puede ser fecundo en sus consecuencias para la utilidad material del hombre, es la reproducción del diamante. Científicamente era una cosa prevista y que no cambia en nada la faz de la ciencia, ni abre un nuevo campo para la investigación. Si examinamos económicamente sus consecuencias, veremos que tampoco puede producir una revolución industrial.

Generalmente se cree que los diamantes adornan la belleza y realzan la grandeza, nosotros estamos convencidos que la belleza y la grandeza poseen en sí mismas todos los elementos necesarios para infundir la admiración y excitar el respeto; los diamantes no hacen sino disminuir su valor intrínseco; porque nos muestra que el hombre cree hacerse superior á los demás, ataviándose exteriormente, excitando el respeto por la forma y no la veneración intelectual.

La única ventaja que encontramos en este descubrimiento, es que todo el mundo podrá poseer diamantes, y que entonces los reyes no harán pelear á sus vasallos para procurarse la posesión de un pedazo de carbon, ni tampoco el común de los mortales cifrarán su felicidad en adquirirlos.

Newton estudiando las leyes de la refracción de la luz al través de diversas substancias, encontró que el diamante era el cuerpo mas refringente, y como un gran número de substancias combustibles eran tambien muy refringentes, explicó esa propiedad del diamante diciendo, que quizá seria una substancia *untuosa coagulada*. (*Optica*, t. II, pág. 378, traducción de Coste. Amsterdam 1720.)

El príncipe Leopoldo, hermano de Fernando II, gran duque de Toscana, fundó en 1657 la academia de ciencias del Cimento. Mientras que estos dos hermanos existieron, la academia pudo entregarse al estudio de los fenómenos naturales, y contar con la protección de los amigos de Galileo, Torricelli, etc.; pero á su muerte, Cosme III, que sucedió á Fernando II, lejos de dar consideración á los sabios, los oprimió y persiguió; entonces cesó de existir esa academia, fundada bajo los auspicios mas felices, y que en el corto período de su existencia produjo trabajos que la han inmortalizado.

En 1694, la academia del Cimento expuso en el foco de un gran espejo ustorio algunos diamantes, y vió que bajo la influencia de la alta temperatura á que estaban sometidos, se consumieron completamente sin dejar residuo alguno. Este experimento fué repetido un gran número de veces y siempre con igual éxito; pero lo único que nos enseñaba, era que el diamante se destruía por el calor, sin inquietarse de los productos de la destrucción ni de las circunstancias necesarias, pero que se efectuase el fenómeno.

En 1772, el inmortal Lavoisier, siguiendo el método verdaderamente experimental que lo caracteriza y que introdujo en la química, probó 1º que el oxígeno es indispensable para que se destruya el diamante por el calor; 2º que en esta operación se produce ácido carbónico, y solo *ácido carbónico*. Lavoisier ha sido el primero, pues, que demostró que el diamante y el carbono son químicamente un solo y mismo cuerpo. El calor necesario para verificar la combustión del diamante fué producido por un lente de gran fuerza.

En 1791, el caballero Landriadi descubrió un método mas sencillo de operar la combustión del diamante. Ataba el diamante con un alambre, lo hacia enrojecer al fuego, y lo introducía en un frasco lleno de oxígeno. La combustión del hierro se comunicaba al diamante, y ambos ardian con un gran brillo.

En 1797, Teunant practicó la combustión del diamante por medio del nitrato de potasa. Para ello introdujo en un tubo de oro, cerrado por un extremo, una mezcla de nitrato de potasa y de los diamantes que queria quemar. Adaptó á la otra extremidad del tubo de oro un tubo de vidrio para recoger los gases que pudiesen desprenderse. Sometió el tubo de oro á una temperatura elevada, y consideró que el experimento estaba concluido, cuando la cantidad de gas obtenido permanecía constante. Los gases desprendidos no contenian ácido carbónico, y en el tubo de oro habia carbonato de potasa.

Guyton de Morveau habia propuesto en 1781 quemar el diamante por medio del nitrato de potasa, y aun pretende haberlo verificado; pero fué Teunant quien publicó los resultados mas decisivos, y sobre quien debe recaer el honor del descubrimiento.

Guyton de Morveau emprendió una serie de experimentos en el laboratorio de química de la escuela Politécnica, y el año VII de la República (27 pradiel) leyó en el Instituto una memoria en que decia haber reproducido los experimentos anteriores y haber obtenido los mismos resultados que Lavoisier. Un químico tan eminente como Morveau no podia ocuparse de una

materia tan nueva sin descubrir algunos puntos esenciales de la historia del diamante. En efecto, obtuvo resultados muy importantes: 1º el diamante, como el carbono, tiene la propiedad de descomponer el ácido sulfúrico; 2º como el carbono, posee la propiedad de descomponer el agua á una temperatura elevada.

Clouet demostró que el diamante, lo mismo que el carbon, tiene la propiedad de combinarse con el hierro para formar el acero. Algunas personas, sin pretender negar el hecho de la producción de acero, decian sin embargo que el diamante en nada intervenia, y creian que el experimento no era decisivo, porque la llama del horno en que se hizo el experimento podia intervenir y transformar ella sola, por el carbon que contiene, el hierro en acero.

Y en efecto, Mushet repitió el experimento de Clouet sin hacer intervenir el diamante, y sin embargo obtuvo acero, de modo que el ensayo de Clouet quedó desechado. Felizmente, Pepsy imaginó repetir el experimento sin emplear la llama del horno. Sometió el hierro y el diamante á la acción del calor producido por un circuito eléctrico, y obtuvo un cuerpo idéntico al acero.

En 1816, Davy publicó un trabajo sobre la combustión del diamante, pero en él no encontramos ningun hecho que no estuviera ya conocido.

En fin, Dumas y Stass han publicado, en 1841, un trabajo en que determinaron el equivalente del carbono, pesando el ácido carbónico producido por la combustión de una cantidad conocida de diamante.

Es pues una cosa demostrada, que el diamante y el carbono son idénticos químicamente, pero que poseen propiedades físicas diferentes. El diamante cristaliza en octaedros, y es transparente, mientras que el grafito es negro, en general amorfo, y algunas veces cristaliza, en laminillas muy delgadas, de un gris metálico. El grafito es la substancia que cortada en barrita constituye el lápiz-plomo. Los químicos dicen que el diamante y el grafito son *climorfos*, y bajo este nombre comprenden todos los cuerpos que tienen la misma composición y que cristalizan de la misma manera.

Conocida la naturaleza del diamante, es claro que para obtenerlo se debe tratar de hacer cristalizar el carbono.

Examinemos cómo se podrá ó se puede obtener esa cristalización, y para que nuestro exámen sea completo, creemos indispensable poner ántes algunas consideraciones generales sobre la cristalización.

Se entiende por *cristalización* la union simétrica de las moléculas de los cuerpos, de modo que su conjunto tenga una forma regular. La condición necesaria para que se verifique la cristalización es separar, despegar las moléculas unas de otras, de modo que puedan libremente *buscarse*, arreglarse por las caras que les convenga, unirse por ellas, y formar un conjunto regular.

Los medios de que dispone la ciencia para verificar la separación de las moléculas unas de otras, y por consiguiente las circunstancias en que se efectúa la cristalización, son tres: la disolución en los líquidos, la acción del calor (fusión ó volatilización), y el estado naciente.

Nada diremos de la acción del calor, ni tampoco nos ocuparemos de la disolución, porque ninguna de estas cosas necesita explicaciones: no sucede así con el estado naciente; algunas consideraciones son necesarias para comprender su importancia y conocer las circunstancias en que se produce. Todo el mundo sabe que los cuerpos se combinan molecularmente, es decir, que la union de los principios constituyentes de un compuesto representan las partes mas pequeñas de esos elementos.

Al descomponer un compuesto obtendremos, pues, las moléculas de los cuerpos que lo constituye; así pues, los cuerpos al salir de una combinación, están en el grado mayor de división, y en ese momento se dice que se encuentran en el estado naciente. Todos los medios de descomponer los compuestos son otros tantos medios que producen el estado naciente. Hemos dicho y repetiremos, que la condición indispensable para obtener la cristalización era que las moléculas de los cuerpos estuviesen libres, y que en ese estado de separación se volviesen á reunir simétricamente para tomar una forma regular. Podrán, pues, ser condiciones propicias para la cristalización las circunstancias en que se produzca el *estado naciente*. Siempre y cuando este estado naciente se produzca con bastante lentitud para que las moléculas tengan el tiempo necesario de verificar su union regular; pues de lo contrario se obtendrá simplemente un sólido irregular.

Los compuestos químicos pueden destruirse en varias circunstancias: la acción del calor, de la electricidad, de la luz, la intervención de un cuerpo que obre solo por su presencia sin tomar parte alguna en la reacción (fuerza catalítica de Berzelius), cuando un cuerpo se apodera de uno de los elementos del compuesto y deja el otro libre, ó que se combina con los dos elementos del compuesto á la vez; en fin, algunas veces un cuerpo determina ó ayuda la acción de otro sobre un compuesto, cuando el producto de la reacción es susceptible de combinarse con él.

Es evidente que no todas estas condiciones de descomposición pueden dar origen á la formación del diamante. Trataremos, pues, tan solo de los casos en que se puede esperar algo.

El carbono no se disuelve en ningun líquido, no podrá, pues, obtenerse su cristalización por la acción de los disolventes. Cuando digo que no se disuelve en ningun, quiero decir que no se disuelve en las mismas condiciones que los demás cuerpos; el carbono se disuelve en la fundición ó hierro colado. Cuando la fundición se encuentra en presencia de un gran exceso de carbon, lo disuelve, y al enfriarse lo abandona, parte á su superficie, en formas de láminas irregulares, y el resto forma pepitas que cristalizan en el interior de la fundición. En ambos el carbon que se obtiene constituye el grafito.

¿Por la acción del calor?

Uno de los errores que mas funestos han sido y que han impedido hasta ahora obtener el diamante, era la creencia en

que estaban un gran número de químicos, que el diamante solo se podria obtener fundiendo el carbon, y que todo el problema consistia en buscar un medio de verificarlo. Antes de preparar un cuerpo se deben conocer las condiciones de su existencia, porque seria contra el sentido común el buscar un cuerpo en circunstancias en que no puede existir. Antes, pues, de querer preparar el diamante por la vía del fuego, es necesario saber cuál es la acción del calor sobre él.

El diamante sometido á la acción del calor, como lo habia visto Lavoisier y confirmado Morveau, pierde su transparencia, y se vuelve tan negro como el plebeyo grafito, ó mejor dicho, se transforma en grafito.

Despretz ha estudiado con mucha atención la acción del calor sobre el diamante, y ántes de él Jacquelin habia tratado el mismo asunto. Resulta de las investigaciones de ambos sabios, que el diamante sometido á una temperatura elevada producida con una pila de Bunsen, compuesta de 100 pares, se transforma en verdadero grafito, excelente conductor de la electricidad superior á la del diamante, tizna el papel y se deshace cuando se aprieta entre los dedos.

Si el diamante se destruye por el calor, es irracional querer producirlo por el calor.

La experiencia siguiente acaba por destruir completamente semejante propósito. Mientras que no se habia fundido el carbono, era permitido á algunas personas esperar que su fusión nos permitia diamantes mas bellos que los de la India, pero Despretz los ha desengañado completamente. Este ilustre físico, no solo ha fundido el carbono, sino que aun lo ha volatilizado. *Todos los cuerpos*, sometidos á la acción de la temperatura obtenida por medio de la pila de Bunsen, *funden y se volatilizan*. *No hay ningun cuerpo que no sea fusible y volatilizable*. Este es el resumen de las memorables investigaciones de Despretz. Examinaremos con mas detalles la acción del calor sobre el carbono.

El carbono sometido en el vacío á la corriente eléctrica producida por 500 elementos de Bunsen, se volatiliza completamente, y un polvo negro cubre las paredes del vaso en que se efectúa el experimento. Esta volatilización se manifiesta bajo el aspecto de un vapor negro, que parte de toda la superficie del vaso, y que marcha á depositarse sobre las paredes del vaso. Cuando se opera en las condiciones ordinarias, en la atmósfera, no se puede obtener ni la volatilización ni la fusión del carbono, porque el oxígeno del aire se combina con él y forma ácido carbónico. En el vacío se obtiene solo su volatilización. Su fusión exige una presión superior á la presión atmosférica, y para obtenerla es necesario operar en el azoe.

En 1823, Silliman anunció que habia obtenido diamantes fundiendo el carbono, ó á lo menos pretendió haber obtenido un cuerpo que tenia *alguna semejanza* con el diamante.

Los cuasi-diamantes rayaban el vidrio, eran atraídos por el iman, y no sufrían alteración alguna, cuando se sometían á la temperatura mas elevada en presencia del aire ó del oxígeno; de modo que la única semejanza que tenían con el diamante verdadero era que rayaban el vidrio. Mas tarde el mismo Silliman reconoció su error, y confesó que el cuerpo que él habia tomado por diamante era simplemente un silicato.

¿Por el estado naciente?

¿Descomponiendo los compuestos del carbono por medio del calor?

Es poco probable que se llegue á obtener un resultado satisfactorio por esta vía, porque la descomposición es demasiado rápida para que pueda cristalizar el carbono, y que por otra parte el calor necesario para descomponer el compuesto puede impedir la formación del diamante.

¿Descomponiendo un compuesto de carbono por medio de la electricidad?

La única tentativa que se ha hecho ha tenido quizá un buen éxito. Despretz ha sometido á la acción de dos elementos pequeños y débiles, proto-cloruro de carbono mezclado con alcohol; el hilo negativo se encontró rodeado al cabo de seis meses de una multitud de cristales blancos, semejantes á los que el mismo sabio ha obtenido por el procedimiento que describirémos luego.

¿Descomponiendo un compuesto de carbono por medio de otro cuerpo, que se apodera del cuerpo combinado con el carbono, y que deje este libre?

Nadie se ha aventurado todavía en este campo, y estamos convencidos que cualquiera que quisiese seriamente examinarlo, encontraría el medio de reproducir el diamante de un modo fácil.

No quiero citar una persona que publicó haber obtenido diamantes haciendo obrar el fósforo sobre el sulfuro de carbono, porque el experimento repetido muchas veces jamás ha producido otra cosa mas que fósforo y sulfuro de carbono. Como él dice haber obtenido diamantes, es probable que alguno de sus discípulos por burlarse de él los puso allí; esta conjetura misma nos parece quizá tan problemática como el experimento.

Después de haber hecho la historia completa de los trabajos que nos han hecho conocer la naturaleza del diamante, y de haber citado las tentativas que se han hecho para prepararlo, vamos á exponer brevemente las investigaciones de Despretz, que han resuelto el problema por medio de un procedimiento enteramente nuevo.

Despretz no disuelve ni funde el carbono, ni tampoco descompone un compuesto de carbono; obtiene la duración necesaria para que se verifique la cristalización á la temperatura ordinaria, por medio de la electricidad. La electricidad se insinúa, por decirlo así, entre las moléculas del carbon, las separa de otras, y las transporta una á una de un polo á otro; el carbon arrastrado por la corriente eléctrica se deposita en el polo contrario depositado. Se coloca el carbon en el polo positivo, y en el polo negativo hay un hilo de platino para recibirlo.

El carbono usado en este experimento proviene de la calcinación del azúcar, puede considerarse como puro, porque solo contiene 0,007 de materias extrañas.

La cristalización se opera en el vacío, y la electricidad es suministrada por el aparato de inducción de Ruhmkörf.

El carbono cristalizado obtenido por Despretz es enteramente

igual al diamante natural, el mismo brillo, la misma dureza, igual forma, y como él arde sobre una hoja de platino, calentada por medio de una lámpara de alcohol, sin dejar ningun residuo.

La falta de espacio nos impide entrar en mas pormenores; así concluirémos diciendo, que el único carácter que falta á los diamantes de Despretz para ocupar el mismo rango que los diamantes naturales, es que se verifique su combustion en el oxígeno, y que produzcan en ella ácido carbónico. Tan luego como Despretz haya publicado ese resultado, lo comunicaremos á nuestros lectores.

REYNOSO.

El cochero de cabriolé.

Ignoro si entre los que esto lean, habrá quien haya observado cuán diferentes son el cochero de cabriolé y de fiacre. Este último, grave, inmóvil y frío, sufriendo la intemperie con una impassibilidad estóica, aislado en su asiento, sin contacto con la sociedad, permitiéndose, por única distraccion, descargar algun latigazo sobre sus compañeros cuando los encuentra al paso, sin cariño para los dos esqueletos vivientes de su vehículo, egoísta, vano y estúpido... hé aqui su *vera efigies*.

El cochero de alquiler es el reverso de esta medalla. De mal carácter ha de ser necesariamente el hombre que no corresponda con una sonrisa á sus insinuaciones, á la paja que coloca bajo los piés de los viajeros, á la manta de que se priva, por mucho que llueva, para garantizarlos del agua, ha de ser tambien obstinadamente mudo para contestar con el silencio á las mil preguntas que hace, á las exclamaciones que se le escapan, y á las citas históricas que siempre tiene á la mano. El cochero de cabriolé ha visto el mundo y ha vivido en la sociedad; superficial en todo, pero enterado de cuanto existe, es cáustico, original y hablador: además, siempre encuentra un amigo ó un pariente que lo introducen de balde en los teatros.

El cochero de fiacre es el hombre de los tiempos primitivos, y solo conserva con los demás las relaciones estrictamente necesarias al ejercicio de sus tareas.

El cochero de cabriolé es el hombre de las sociedades envejecidas; ha llegado hasta él la civilizacion, y se ha entregado á ella; su moralidad se asemeja á la de Bartolo.

Conservo varios recuerdos de mis conversaciones con algunos ciudadanos de tan respetable clase, y entre ellos uno que me afectó profundamente: hace sin embargo cerca de un año que Cantillon me refirió la historia que voy á trasladar al papel.

Cantillon dirige el cabriolé número 221. Es hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno, de facciones muy pronunciadas: á la época á que me refiero, esto es, el día 1º de enero de 1831, llevaba sombrero de fieltro con un resto de galón, leviton de paño color de vino con un resto de librea, y botas con restos de campanas. Al cabo de tanto tiempo supongo que dichos restos habrán desaparecido.

Eran las ocho de la mañana, y me habia propuesto ver á varios amigos, por lo cual envié á buscar un cabriolé; mi criado volvió con el 221. Me senté en sus excelentes cojines; Cantillon puso sobre mis rodillas su carrik color de café con leche. hizo una seña al caballo, y este partió sin esperar la insinuacion del látigo, que durante nuestra carrera permaneció en desuso, mas bien como un adorno obligado, que como instrumento correctivo.

Cantillon me preguntó entónces:

— ¿A dónde vamos, mi amo?

— Calle de Bondy, le contesté.

Caminamos silenciosos durante algun tiempo, hasta que por fin dijo el cochero:

— ¿Si yo supiera donde vive Carlos Nodier!

— ¿Y qué diablos tienes tú que ver con ese escritor? le pregunté al punto.

— Le proporcionaria una buena historia para una novela.

— ¿De veras?

— ¡Oh! Si yo manejase la pluma como el látigo, la escribiria por mi cuenta.

— Pues bien, cuéntamela.

Cantillon me miró guiñando un ojo, y repuso:

— No tengo inconveniente, porque ya veo que no publicais obras.

— No; pero escribo piezas, y tal vez me sirva tu historia para un drama.

— ¡Ah! ¿Sois por ventura el autor de los *Dos forzados*?

— No, amigo mio.

— ¿Para qué teatro escribís?

— Para el Teatro Francés y para el Odeon.

Hizo el cochero un mohin con los labios, y esto me dió á entender claramente que yo habia perdido mucho en su concepto: poco despues se puso á reflexionar, y tomando al fin su partido, me dijo:

— Todo es igual: en una ocasion estuve con M. Eugenio en el Teatro Francés, y ví á Talma en el papel de *Sila*; era un retrato exactísimo del Emperador, y la pieza me pareció soberbia si las hay. Con todo, si he de decir lo que siento, los *Dos forzados* es lo mejor que se ha puesto en escena.

Nada habia que responder á esto, y Cantillon añadió:

— ¿Con qué escribís tragedias?

— No por cierto.

— ¿Pues qué haceis?

— Dramas.

— ¡Ah! sois romántico... Dias pasados llevé ahí dentro un académico que os puso á todos como ropa de pascua. Es hombre que compone tragedias; alto, seco, tiene la cruz de honor y la punta de la nariz encarnada. Vos debeis conocerle.

— ¿Y tu historia?

— Es muy triste, y hay en ella una muerte.

El conmovido acento con que pronunció Cantillon estas palabras aumentó mi curiosidad.

— No siempre he sido cochero de cabriolé, prosiguió diciendo, y hace como diez años que entré á servir á M. Eugenio. ¿No le habeis conocido?

— ¿Eugenio de qué?

— Nunca oí que le llamasen de otro modo, ni tampoco ví á sus padres. Era un jóven alto, como vos, y de vuestra edad. ¿Cuántos años teneis?

— Veintisiete.

— Eso es; no era tan moreno sin embargo, y por otra parte, teneis el pelo negro y él lo tenia castaño. Aunque poseia diez mil libras de renta, siempre estaba triste como un gorro de dormir; de modo que aquello daba lástima, pues nunca se le oia una palabra mas alta que la otra. Cantillon, el sombrero... Cantillon, engancha el caballo al cabriolé... Cantillon, si viene M. Alfredo de Linar, dirás que he salido... Conviene advertir que mi amo no miraba con buenos ojos á este caballero, porque era... lo que se llama un perdido y... hasta... *laus Deo*. Pero como vivia en el mismo hotel que nosotros, y siempre estaba encima de uno como un moscardon, y aquello era en extremo pesado y fastidioso. Llegó el mismo dia á preguntar por M. Eugenio, y héte aqui que, al responderle yo... no está en casa... ¡Paf! se le antoja á mi amo toser fuertemente. M. Alfredo le oye y se va diciendo: Tu amo es un impertinente. Bueno, murmuré para mi capote; callemos como un muerto. Y así lo hice; de modo que mi amo ignoró aquel insulto. A propósito, ya estamos á la calle de Bondy. ¿Qué número?

— El 64.

— Ya hemos llegado.

No hice mas que entrar y salir, porque el sugeto á quien buscaba acababa de hacer lo que yo; habia maldragado para ver á sus amigos.

— ¿A dónde ahora, señor? me preguntó Cantillon.

— A la calle de San Lázaro, número 58; pero prosigúe tu historia.

— El mismo dia estuvimos de soirée en un hotel de la calle de la Paz; pero á eso de media noche salió de allí mi amo con un humor de condenado, pues habia visto á M. Alfredo: se dirigieron ambos ciertas frases poco agradables: en fin, M. Eugenio me dijo: Es un fatuo á quien me propongo corregir. ¡Ah! se me olvidaba decir que mi amo manejaba la espada y la pistola como un San Jorge. Llegamos al puente en que hay unas estatuas... ¿os haceis cargo? Entónces no las habia... Pasamos por delante de una mujer que sollozaba con tanta fuerza, que la oimos á pesar del ruido del cabriolé, y al punto gritó mi amo: Para, Cantillon. Hicelo así y volví la cabeza; pero ya estaba M. Eugenio en el suelo.

Hacia noche tan oscura que no se veia el cielo ni la tierra: aquella mujer andaba sin cesar y mi amo la seguia... De pronto se detiene en medio del puente la pobre, se inclina hácia afuera, y llega á mis oidos el ruido de un cuerpo que cae al agua. M. Eugenio no dijo una, dos, tres, sino que de un salto se precipitó en el rio. Habeis de saber que nadaba como un tiburón.

Entónces dije yo: si permanezco en el cabriolé, no podré darle mucho auxilio; por otra parte, como no sé nadar, si me arrojo al agua, tendrá que habérselas con dos cuerpos inútiles. ¿Qué hice? Dije al caballo, á este mismo, que por mas señas tenia cuatro años ménos y dos raciones mas de avena en el estómago: Quietos ahí, Coco. Cualquiera hubiera dicho que me entendia, porque no se movió.

Eché á correr y llegué á la orilla del rio: habia allí una barquilla, y me embarqué en ella; pero estaba amarrada, y por mas que tiraba de la cuerda... nada: quise echar mano á la navaja, y me encontré con que se me habia olvidado en casa: negocio concluido. Entretanto se zambullia el otro como un ballenato.

Tiré al fin con tanta fuerza, que la cuerda se rompió y la barca dió una violenta sacudida; yo caí de espaldas, pero felizmente no me hice daño, y me levanté al punto diciendo: He escogido muy mala hora para contar las estrellas.

Busco á tientas los remos; pero á impulsos de mi última cabriola se habia ido uno de ellos al agua; me pongo á remar con el otro, dirijo la barca en todas direcciones, y me encomiendo á Dios...

Toda mi vida me acordaré de aquel momento, porque fué horrible para mí: cualquiera hubiera creído que el rio era de tinta, pues se veia enteramente negro. Solo de vez en cuando se elevaba alguna ola para arrojar su espuma, y allá... en medio... se distinguian por un instante el vestido blanco de la jóven ó la cabeza de mi amo, que subia á la superficie del agua para respirar. Una sola vez aparecieron los dos objetos á un mismo tiempo, y oí que decia M. Eugenio: ¡Buena! Ya la veo. En dos brazadas llegó al punto en que un momento ántes flotaba el vestido. De allí á un rato ví salir únicamente fuera del agua sus piernas... las apreté con fuerza, y desapareció de nuevo... Yo me hallaba á diez pasos, bajando por el rio á impulsos de la corriente, estrechando el remo convulsivamente entre

mis manos, y diciendo: ¡Dios mio! ¿Porqué no sé nadar?

Poco despues volví á ver á mi amo, que sujetaba á la jóven por el pelo: ella habia perdido el conocimiento, y ya era tiempo tambien de atender á M. Eugenio, pues su pecho despedia un sonido ronco, y solo tenia las fuerzas necesarias para sostenerse sobre el agua, porque como la jóven no se movia, era tan pesada como el plomo. Mi amo volvió la cabeza para examinar de cual de las dos orillas se encontraba mas próximo, y me vió...

— ¡Cantillon! me dijo, ¡aqui!...

Me puse en el borde de la barca y extendí el remo... pero ¡cá! faltaban mas de tres piés.

— ¡Aqui! repitió.

Hervíame la sangre dentro del cuerpo.

— ¡Cantillon!

Una ola pasó por encima de su cabeza, y yo me quedé con la boca abierta y los ojos fijos en el punto... Le ví de nuevo, y esto me quitó una montaña del estómago: volví á alargar el remo, y conocí que M. Eugenio se habia acercado un poco á la barca.

— Valor, amo mio, le grité; valor y esperanza...

No podia contestarme.

— Soltadese estorbo, y salvaos...

— No, no, me dijo; mas le fué imposible proseguir porque se llenó de agua su boca. ¡Ah, caballero! mis cabellos estaban erizados, y todo daba vueltas á mi alrededor. El puente, el cuartel de Guardias, las Tullerías, todo bailaba ante mis ojos, y sin embargo, los fijaba únicamente en aquella cabeza que poco á poco se hundia, y en aquellos ojos á flor de agua, que me miraban todavia y me parecian dos veces mas abiertos: poco despues solo ví su pelo, que fué desapareciendo como lo demás: uno de sus brazos salia del agua y tenia la mano apretada y los dedos crispados... Hice el último esfuerzo, extendí el remo con rabia, con delirio y... conseguí que su mano se abriese y lo empuñase... ¡Ah!

Cantillon se enjugó la frente y yo respiré. Él continuó de este modo:

— Bien dicen que el que se ahoga es capaz de agarrarse á un hierro ardiendo, pues mi amo apretó el remo con tanta fuerza, que sus uñas quedaron señaladas en él. Yo lo apoyé sobre el borde de la barca, cargué sobre él el peso de mi cuerpo, y el de M. Eugenio reapareció en la superficie del agua: mi temblor era tan grande, que tuve miedo de que se me escapase el remo, y por lo tanto fuí *recobrando*, como dicen los marinos, hácia bordo: mi amo tenia la cabeza echada hácia atrás, como el que ha perdido el conocimiento; pero se iba acercando á la barca, á medida que yo tiraba del remo. Por último, alargué el brazo, le agarré por el puño, y seguro ya del negocio, le apreté con todas mis fuerzas: ocho dias despues conservaba todavia las marcas azules de mis dedos.

Por su parte, no habia soltado á la jóven: hícele entrar en la barca, y ella le siguió; llamé á mi amo repetidas veces... buenas noches... y por mas que me empeñaba en hacerle abrir la boca, no pude conseguirlo.

Cogí el remo y traté de acercarme á la orilla. Con dos remos soy un bogador mediano; figuraos cómo me veria con uno solo; queria virar hácia un lado y viraba hácia el opuesto, y á todo esto me llevaba la corriente. cuando conocí claramente que hacia rumbo para el Havre, dije entre dientes: — No me conviene equivocarme el camino, y así pidamos auxilio.

Y sin encomendarme á Dios, empecé á gritar como un endemoniado.

Los truhanes de la barca en que se prodigan auxilios á los ahogados, oyeron mis voces, y se apresuraron á socorrernos: al punto nos abordaron, é inmediatamente quedaron amarradas las dos embarcaciones. Cinco minutos despues, mi amo y la jóven se hallaban completamente salados, como dos arenques.

Preguntaron si yo estaba ahogado, y conteste que no, pero que se me tratase como tal, dándome una razonable copa de aguardiente para calentarme el corazon.

Mi amo fué el primero que abrió los ojos y se arrojó á mis brazos... Yo sollozaba, reia, lloraba... ¡Dios mio, qué animal tan raro es el hombre!

Al ver á su lado á la jóven, exclamó:

— Mil francos para vosotros, con tal que la salveis... y tú Cantillon, amigo mio, á quien debo la vida (por supuesto que yo proseguia llorando) acerca el cabriolé.

Ya se entiende que yo correria como un gamo trepando y cayendo... Llego al sitio en que habia dejado el vehículo... ¡Qué si quieres!... Ni cabriolé ni caballo. Al dia siguiente nos devolvió la policia las dos prendas, de las cuales se habia servido un aficionado á gangas para sus correrias nocturnas.

Volví al lado de mi amo, y le dije:

— El carruaje viaja por su propia cuenta.

— Pues bien, me contesta, busca un fiacre.

— ¿Y la jóven?

— Ya ha movido la punta de un pié.

Llevé un fiacre y ví que la jóven habia recobrado el conocimiento, aunque no hablaba: entónces dije al cochero:

— Calle del Bac, número 31, y á escape.

Antes de salir del puente volvió la jóven á perder el sentido, y mi amo hizo que me apease para avisar á su médico: cuando volví con él, encontré á la señorita María... ¿Os he dicho que se llamaba María?

— No.

— Ese era su nombre de pila. La encontré, como digo, acostada, y á su lado una enfermera. No podeis figuraros cuán hermosa estaba con su rostro pálido, con los

ojos cerrados y las manos en cruz sobre el pecho : la infeliz estaba en una situación...

— Por eso se arrojó al río...

— Eso mismo dijo mi amo al médico, cuando este le anunció el estado de la joven, que nosotros no habíamos sospechado. El médico la hizo oler un frasco, con cuyo auxilio recobró los sentidos : al punto empezó á examinar todos los objetos que la rodeaban, y dijo :

— ¡Esto es muy extraño! ¿Dónde estoy? no conozco esta habitación.

— Lo creo, la contesté sonriéndome, por la sencilla razón que hasta hoy no habeis entrado en ella.

— Calla, Cantillon, repuso mi amo, y luego añadió : — Tranquilizaos, señorita, pues os curaré con el cariño y el respeto de un hermano : en cuanto se os pueda conducir á vuestra casa, me apresuraré á cumplir este deber.

— ¡Pues qué! ¿Estoy enferma? preguntó admirada; hasta que al fin, coordinando sus ideas, exclamó : — ¡Ah! Sí, sí; de todo me acuerdo : he querido... ¿Sois vos quién me ha salvado? ¡Ah, si supierais el funesto servicio que me habeis prestado! ¡Qué porvenir de tormentos me presenta vuestra generosidad!

Yo escuchaba sus palabras frotándome la punta de la

nariz, y por eso no perdí una sílaba de ellas : mi amo la consolaba del mejor modo que le era posible, pero á todo respondía : ¡Ah, si supierais! — Parece que M. Eugenio se fastidió con tantas quejas, pues se acercó á la enferma, y la dijo :

— Lo sé todo.

— ¡Vos! contestó ella.

— Sí : amais y os veis abandonada... Os han hecho traicion...

— Sí, sí, una vil traicion... me han abandonado cruelmente...

(Se concluirá.)

ALEJANDRO DUMAS.

Residencia imperial de otoño, en Rusia.

Gatchina es una pequeña ciudad situada á ocho leguas de San Petersburgo. No tiene nada de notable, sino es la casa de Expósitos, fundada por la emperatriz María, madre de los emperadores Alejandro y Nicolás. El palacio fué construido en 1770 por el príncipe Orloff, según los planos del arquitecto Rinaldi. Tiene la forma de un paralelogramo con torrecillas á los ángulos. Dos columnas de mármol de Tinlandia ligan al cuerpo principal del edificio dos alas separadas donde están las habitaciones de los empleados de la casa imperial. Desde el belvedero que domina las construcciones, y donde el célebre Euler había levantado un pararrayos, la vista se

extiende sobre los espaciosos jardines cultivados con esmero, así como sobre los alrededores donde abunda la caza. Las aguas de esta residencia son las mas bellas de todas las casas imperiales, y constituyen á darla un aspecto grandioso.

Desde 1784 hasta 1796, el Gran duque Pablo hizo de Gatchina su residencia favorita, complaciéndose en embellecerla según su gusto particular, y la imprimió esa apariencia de fortaleza que dió despues al palacio Miguel en San Petersburgo.

Para llegar á esta casa de recreo es preciso pasar por entre dos hileras de cañones y reductos que le dan el

aire de una plaza de guerra. La fragata que flota en el lago parece dispuesta para defender aquella apacible morada contra cualquier ataque imprevisto. Pero allí no hay que temer ningun enemigo, pues la corte no va á Gatchina sino para divertirse, razón por la cual no hay allí tono ni etiqueta ; la casa imperial con todos los que la rodean está allí como en familia.

Hay en Gatchina un salon llamado el *Arsenal*, cuya denominacion ha sido dada sin duda por antífrasis, pues la pieza de que se trata está exclusivamente reservada á los placeres. Situado en el piso bajo separa en dos partes un patio interior, ligando de este modo un lado



del palacio con el otro. Tiene una entrada á cada extremo y se halla alumbrado de derecha á izquierda por altas ventanas. En otro tiempo debió de ser un invernáculo ú otra cosa equivalente. Los gruesos pilares que sostienen las bóvedas, la dividen en tres naves particulares, cada una de las cuales tiene su empleo especial, así como el salon ofrece ocho divisiones, donde las reuniones no tienen ningun contacto unas con otras, sin dejar por eso de formar una sola reunion, gracias á la nave central donde se ha construido un teatrillo independientemente del teatro principal del sitio imperial. Las columnas tienen al rededor un divan de terciopelo carmesí; en una palabra, nada falta de cuanto puede ayudar al recreo; aquí se encuentra una especie de montaña rusa, allá un villar chino, mas léjos un columpio. En una extremi-

dad hay una mesa con periódicos y publicaciones ilustradas, procedentes de las mejores prensas del universo; las mesas de juego pueden armarse por todas partes; los sonidos lejanos de un piano anuncian que la música no está olvidada, y la conversacion no podria hallar refugio mas propicio que el gabinete practicado cerca del teatro. En fin, la predileccion de la augusta familia por el arsenal es tal, que allí se almuerza y se come, del mismo modo que si el palacio estuviese limitado á ese salon, adornado con un gusto excesivamente modesto.

A cualquiera hora que se entre en el arsenal está uno cierto de encontrar algunos grupos de gente alegre, sin que las risas de los unos turben la lectura en que se embeben otros, ó la conferencia secreta de dos

hombres de Estado. Por la mañana se entregan allí á ejercicios gimnásticos, y el baile cierra por la noche la serie de diversiones que hay en aquel salon privilegiado, despues de lo cual cada uno se retira á su habitación particular. Gatchina autoriza la familiaridad mas completa. El traje de los caballeros es de los mas sencillos; los militares llevan sobretodo y *furachka* (gorra), y los demás pueden entrar de levita por la mañana. Las señoras pueden adornarse allí á su gusto, como por todas partes; en una palabra, para la corte de Rusia la residencia de Gatchina es un tiempo que pasa siempre demasiado, porque, ¡cosa singular! la alegría no se impone allí, sino que parece que la da naturalmente aquel sitio escogido.

J. P.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 13 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 13 » »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 mácq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIERRE.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CORDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 » »	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.